V. RODRÍGUEZ CASADO

De la Universidad Central

Jorge Juan en la Corte de Marruecos

BIBLIOTECA DE CAMAROTE

DE LA

REVISTA GENERAL DE MARINA

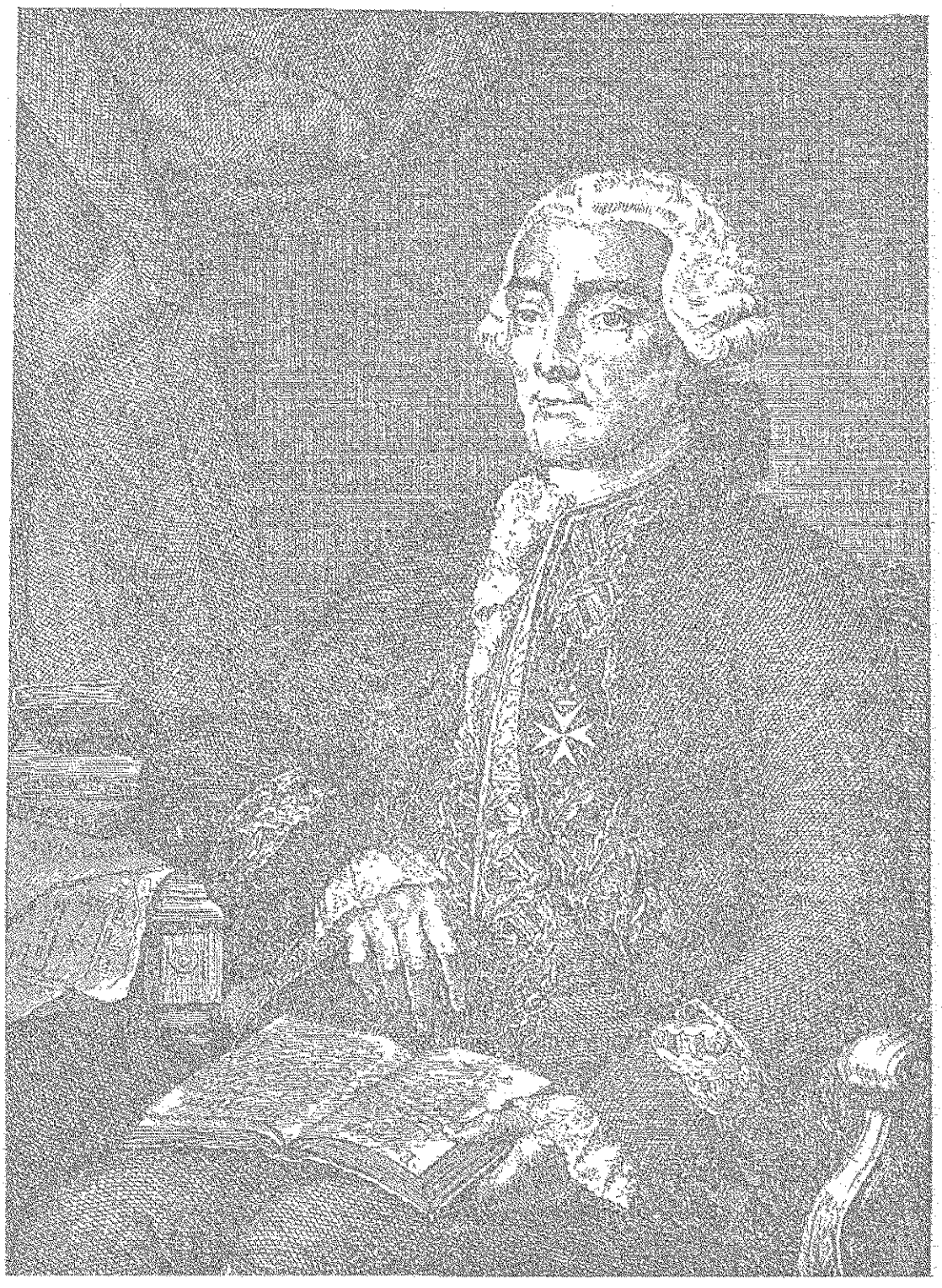
Escelicer, S. L. - Canarias, 24. - Madrid

Presentamos al lector una de las relaciones inéditas más interesantes sobre la vida, costumbres y actividad del Imperio de Marruecos en el siglo XVIII. El motivo de que se escribiera fué precisamente la Embajada de don Jorge Juan, representante del rey católico Carlos III cerca de su majestad imperial Sidi Mohamet ben Abd Allah ben Ismail, el más preclaro príncipe de estirpe mora en el siglo del "despotismo ilustrado".

La Embajada constituyó el único momento plenamente político del insigne español, honra y prez de nuestra Marina, de nuestra Ciencia y de nuestra Patria, razón más que suficiente para que el "diario" de ella fuera publicado en esta Colección de Apéndices de la Revista de Marina. *Pero además su autor, aunque queda en el anónimo, demuestra amplios conocimientos militares, planteando todos los agudos problemas que se presentan a su espíritu desde el punto de vista de la estrategia naval.*

El manuscrito lo prologo con una brevísima síntesis de las líneas generales de la política marroquí de Carlos III y la mantenida por sus predecesores, para que pueda el lector, sin esfuerzo, acomodarse a la época, decadente sin duda, pero todavía grande, con grandeza de Imperio —se olvida quizá con demasiada frecuencia— de don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa.

En las notas procuramos, en cambio, ahondar con mayor profundidad en algunos extremos, con el único fin de entretenernos en la relación de detalles pintorescos e interesantes, que si no pasarían fácilmente desapercibidos.



Jorge Juan

UN MARINO EMBAJADOR EN LA CORTE DEL EMPERADOR DE MARRUECOS

El viejo pleito político del Mediterráneo ha sido siempre de actualidad en nuestra patria, y la posesión de la costa bereber, una necesidad vital para asegurar nuestras rutas comerciales. En resolver el problema pusieron todo su empeño los reyes de la Casa de Austria, y aquel insigne hombre de Estado que se llamó Ximénez de Cisneros. Pero en nuestra Edad de Oro, en aquellos siglos de superación nacional, nadie imaginó otra solución que la de hispanizar el continente africano. Parecía ser un mandato imperativo de la Providencia continuar la guerra de reconquista de nuestra patria y lanzarnos a la aventura del Mundo musulmán, tal como lo pedía Isabel la Católica en su famoso testamento. Respondiendo a este manifiesto deseo de todos los españoles, las naos aragonesas y castellanas surcaron los mares, y los soldados de las viejas estepas castellanas y aragonesas lucharon por conquistar territorios y ciudades fortificadas, esperando convertirlas a corto plazo en base de operaciones más audaces, que amenazasen el corazón mismo del Imperio moro. Melilla, del duque de Medina Sidonia (1); el Peñón y la ciudad de los Vélez de Gomera, del conde Pedro de Navarro (2); Orán, del gran cardenal; Argel, Túnez, empresas del rey Carlos; Ceuta, reliquia portuguesa, son jirones de nuestra historia encendidos en el mismo pensamiento. Pero eran tantas y tan graves las preocupaciones, mejor aún, las ocupaciones de los españoles, y a tantos lugares tenía que acudir nuestra gloriosa Escuadra, que ya Felipe II cambió de modo de pensar y trocó la aspiración de grandes

conquistas territoriales en el continente negro por la realidad de asegurar en lo posible las vías comerciales. Resultado de esta nueva política, que prosiguieron los Austrias y Borbones, fué el Convenio de 1610 (3) con el emperador de Marruecos, en el que se estipulaba el cambio de Mazagán por Larache, o Alarache, sito en la entrada del Estrecho y punto vital para oponerse a las depredaciones de los piratas de Salé que, haciendo causa común con los de Inglaterra, Francia y Holanda, trataban de impedir nuestro comercio con Indias.

Cuando ocupó el trono de sus mayores el rey Carlos III (4), la lucha con el Islam, no sólo no había desaparecido, sino que se mantenía en perpetua tensión. Y así, mientras los vasallos del católico monarca no podían visitar los Santos Lugares sin el riesgo de quedar cautivos en las mazmorras turcas, ni los mercantes españoles navegar sin protegerse de las asechanzas de bereberes y argelinos, con respetable número de cañones, las interesadas potencias europeas habían, en cambio, depuesto las armas, concertado tratados de paz y de comercio, y estaban representadas en las principales ciudades por cónsules generales y vicecónsules que velaban los intereses de sus compatriotas.

Esta situación de inferioridad a que nos había conducido la secular política española de mantener vivo el odio sempiterno entre "moros y cristianos" era sin duda una de las más señaladas causas de nuestro atraso mercantil. La inseguridad del mar retraía a los comerciantes, obligaba a mantener gran parte de nuestra Marina de guerra en el Mediterráneo, lo que sin duda restaba efectividad a la Flota en una eventual lucha con Inglaterra, ocasionándonos, en suma, "una pérdida considerable en sangre y oro", según frase afortunada de don Miguel de Múzquiz (5).

No es de extrañar por eso que, siendo aspiración de Carlos III reformar la Constitución política y económica de nuestra patria, fíjase su mirada en el problema, buscando una solución. Dos fueron las que los ministros y consejeros de aquellos tiempos le brindaron, patrocinadas desde luego por las dos distintas tendencias que se dibujaban en el panorama político de la Corte española. Unos, con el secretario de Hacienda a la cabeza (6), hablaban abiertamente del abandono de la mayor parte de nuestras posesiones y presidios, conservando sólo aquellos que tenían verdadero valor positivo, como Ceuta y Orán (7). Otros (8), por el contrario, preferían que las cosas siguiesen en el mismo estado, a tener que abandonar por un poco de dinero ciudades y puertos de soberanía española. Unos y otros, sin embargo, no excluían la posibilidad de abrir negociaciones y llegar a un acuerdo de paz "como el que actualmente rige entre el emperador de Marruecos y algunos Estados de Europa".

Entre estas opiniones fluctuaba el ánimo del rey, convencido, sin embargo, de que "la guerra con aquel Imperio nos trae daños y ningún beneficio. Los daños son la interrupción del comercio de mis vasallos, la pérdida de la gente y baxeles que apresaban los moros de aquel dominio, la extracción de los caudales para el rescate, el mayor gasto en los armamentos y la crecida deserción de las guarniciones de mis presidios. El beneficio es realmente ninguno, pues aun suponiendo que mis baxeles de guerra hagan alguna presa, vale más que ella la gente que perece en el combate; y si se hace trabajar a los esclavos en España, también se les viste y alimenta." (9)

No es de extrañar, por consiguiente, que desease llegar a un arreglo pacífico, aprovechando para ello "la primera ocasión que se presentase de entablar la negociación como fuese conservando el decoro y dignidad que me corresponden". "Decoro y dignidad" que hay que buscar siempre como motivo, si no fundamental, por lo menos muy importante, de todas las combinaciones políticas de Carlos III.

Fué, sin embargo, el emperador de Marruecos Sidi Mohamed Ben Abd Allah el que, "avaricioso de paz", rompió el hielo que separaba a las dos naciones enemigas, enviando emisarios suyos a la Corte del rey de España "con muy ricos presentes", y en frase donosa del padre Girón, "al frente de un verdadero parque de atracciones" (10).

Carlos III, receloso por naturaleza, no quiso corresponder todavía con una embajada oficial, y así (11), "como podía comprometerse el carácter de la persona que fuese a esas primeras aventuras si tuviese empleo conocido", consideró más oportuno nombrar a un franciscano de los que habían vivido en las misiones que la Orden poseía en el Imperio marroquí para que oficiosamente "significase al emperador las buenas disposiciones del rey de España". Fray Bartolomé Girón de la Concepción, que fué el misionero elegido, partió de Cádiz en noviembre de 1765 y volvió después de haber conseguido cumplir plenamente los objetivos de su embajada. Le acompañaba Sidi Ahmet el Gacel (12), embajador extraordinario y plenipotenciario de su majestad el emperador de Marruecos cerca del rey de España.

El emisario moro y su acompañamiento desembarcaron en Algeciras el 29 de mayo de 1766 (13), después de rápida y feliz travesía del Estrecho. Durante su permanencia en España fueron extraordinariamente obsequiados. De fiesta en fiesta, acompañados siempre de una inmensa multitud, que se agolpaba curiosa al advertir la carroza del embajador, su carrera hasta el sitio real de San Ildefonso de la Granja convirtióse en clara manifestación del júbilo que sentía España (14). El 21 de agosto se entrevistó Sidi Ahmet con Carlos III (15); un mes después, el 25 de septiembre (16), suscribía un documento, cuya copia traducida ratificaba en la misma fecha el marqués de

Grimaldi, en el que se acordaban las bases para un futuro Tratado de paz y comercio. Diez días después (17) tenía lugar la despedida oficial de la Corte, y el embajador moro emprendía su viaje de regreso, visitando las principales ciudades del sur de España (18).

Cuando aún Sidi Ahmet el Gacel no había llegado a su destino, qué lo era la ciudad de Cádiz, el día 20 de noviembre de 1766, el jefe de Escuadra don Jorge Juan, Capitán de la Compañía de Caballeros Guardias Marinas, la recién fundada Escuela Naval, recibía la siguiente carta (19):

"Excelentísimo amigo: Desde que estoy en el Ministerio no ha vacado "ninguno de los empleos en que yo pudiese tener alguna acción proponiendo "a S. M. algún sujeto. Habiéndose ofrecido la ocasión de nombrar un Emba- "jador para Marruecos, expresé al Rey que *el Cuerpo de la Marina estaba "algo olvidado, que era el más importante a los intereses de la Monarquía,* "y que creería conveniente que S. M. prefiriese un marino para esta Comi- "sión, la que, bien que no de grandes consecuencias, manifestaría siempre "su Real intención de atender al Cuerpo de la Marina; aprobó el Rey infi- "nito la idea, y en su consecuencia ha nombrado a V. E. para esta Embajada.

"No debiendo ser larga la misión de V. E. en aquel país, poco agrada- "ble, no será interrumpida la asistencia de V. E. en Madrid, en donde le "necesita el Bailío (20).

"Celebro el poder dar a V. E., con la noticia de su nombramiento, la "del concepto que merece a S. M.

"No es necesario que V. E. se transfiera a la Corte; sería un doble "viaje muy incómodo; a Cádiz le dirigiré sus instrucciones, y es regular "las envíe con el sujeto (21) que deberá quedar por cónsul, y que servirá "a V. E. de Secretario en el corto tiempo de su comisión (22).

"V. E. mande a su amigo y servidor, *Grimaldi.*

"Escorial, 10 de Noviembre de 1766."

Nada tenemos que agregar a esta breve introducción antes de que el lector pueda solazarse en la bella y desaliñada prosa del manuscrito inédito. Sólo nos resta hacer resaltar el acierto de Carlos III, aunque no se diera cumplida cuenta de ello, al elegir a un marino, y a un marino tan insigne como don Jorge Juan, para arreglar por vía diplomática el viejo pleito político del Mediterráneo, que la bravura y arrojo de los Toledo y Barceló no habían podido componer.

Breve noticia (23) de lo acaecido en el viaje que hizo a la Corte de Marruecos el Excmo. Señor Don Jorge Juan, Embajador de S. M. C. Año de 1767.

Para mejor inteligencia del contenido que te presento en esta copia, te advierto cómo en el año de 1766 (24) llegó a esta Corte el Excmo. Señor Sidi Ahmed el Gacel (25), con el carácter de Embajador de su Soberano el Emperador de Marruecos (26), a nuestro Católico Monarca; cuya generosa, Real Magnificencia, tenía dadas las órdenes convenientes para que tuviese preparado magnífico alojamiento desde el primer día que desembarcó en España (27), y lo mismo se ejecutó por todos los pueblos de su tránsito, hasta su arribo a Madrid, en donde fué alojado en el Real Palacio del Buen Retiro (28); suministrándosele todo cuanto necesitó para su manutención (29), y la de toda su comitiva, por Orden de S. M. C., tratándole en todos los asuntos con la mayor magnificencia (30). Lo mismo se efectuó al regreso a su Corte, obsequiándole en todos los pueblos de su tránsito hasta Cádiz (31) con muy lucida obstentación; en cuyo puerto se embarcó (32), acompañado del Excmo. Señor Don Jorge Juan, Embajador de igual carácter de S. M. C. que pasó a Marruecos; cuyo viaje, y sucesos dél, es el asunto de la copia que te presento. Vale.

Breve noticia de lo acaecido en el viaje que hizo a la Corte de Marruecos el Excelentísimo Señor Don Jorge Juan, Embajador de S. M. C. Año de 1767.

Habiendo llegado, y dado fondo el día 20 de Febrero de 1767 (33) en la rada de Tetuán (34) (Ciudad destinada al intento por el Emperador) (35), desembarcaron en falugas ambos embajadores, y sus comitivas la mañana siguiente, y al pasar cerca de una torre cuadrada que llaman castillo, situada a la desembocadura del río, sin más artillería que siete pequeños cañones, saludó con ellos (36). Entraron en el río, y a corta distancia llegaron a cumplimentarles el Alcayde de Tetuán, que con su tropa y varias personas de distinción había bajado a recibirles: Saltaron a tierra con este motivo los Embajadores (37), a quienes con instancia agradable sirvieron leche en dos grandes tazas de metal cuyo presente es entre ellos una ceremonia de amistad, y agasajo, que usan hasta con el mismo Emperador cuando llega a cualquier pueblo. Volvieron los Embajadores a sus falugas para subir en ellas por el río hasta Maltin, que es el embarcadero y sitio en que hay una sola casa que sirve de aduana, distante aún dos leguas de la Ciudad (38).

El Alcayde, su comisión y la tropa, que serían unos cincuenta hombres de Caballería, fueron por tierra en esta disposición.

Primero, dos negros con lanzas de batidores; seguía el Alcayde; después, el estandarte de lanilla blanca como de dos varas en cuadro con una bola grande de latón por remate; continuaba la tropa con su música militar, compuesta de cuatro tambores mucho mayores que los nuestros, y de mayor circunferencia por la parte superior que por la inferior, tocaban por ambos parches hiriendo al de arriba con una gruesa baqueta semejante aunque mayor que la de nuestros timbales, y al inferior con otra mucho más delgada, dando con ésta los altos, y con la otra los bajos; dejábase percibir de cuando en cuando con bastante aspereza una trompa bien alta y delgada, y tres chirimías o dulzainas al modo, aunque más desabridas de las que usan los gallegos y valencianos. De este modo llegaron a Maltín (39), y en la misma disposición siguieron el camino de la Ciudad, hasta que, porque llovía, llegando a un prado menos pantanoso empezó la Caballería sus escaramuzas, corriendo y disparando sus largas escopetas que las hay de tres varas, siendo el Alcayde quien principió estos manejos. A poco trecho volvieron a repetirlo unos doscientos caballos que esperaban sobre una colina, y unidos después continuamos hasta un cuarto de legua de la Ciudad, donde en cuyo repecho estaban como mil y quinientos hombres de Infantería formados en batalla a su modo, con seis banderas en el centro, una blanca con media luna de oro, y las otras azules y encarnadas sin ella: Esta tropa hizo tres descargas generales, marchando después sin formación delante de los Embajadores repitiendo *Ala y Barca-ma Sidy*, que en nuestro idioma quiere decir viva el Rey.

La Caballería seguía, a la retaguardia, y en este orden llegaron a la Ciudad, a cuya entrada habría más de diez mil moros, y moras, éstas cubiertos los rostros por uso del país y rito de su ley, que les recibieron con alegría y algazara. Colocóse la tropa de Infantería en dos alas por las calles hasta la casa del Alcayde (40), que, dividida, sirvió de alojamiento a ambos embajadores, suministrándose al nuestro de órden del Emperador (41) cada día la carne, pan, gallinas, leche, huevos, naranjas, peras y algunas veces pescado (42).

Desde el día veintidós de Febrero hasta el trece de Abril (43), que se mantuvo en Tetuán nuestro Embajador, se esmeraron en cortejarle tanto el mismo Embajador moro, y el Alcayde, como los demás sujetos principales del pueblo, en aquellas diversiones que ofrecía el País, siendo para ellos la más plausible la de la celebridad de una de sus Pascuas que llaman *del cordero*, y principia al mismo tiempo que se descubre la luna de Marzo (que este año (44) fué el día 2) y entonces acaba su ramadán, o cuaresma; cuyos ayunos son tan extraños, como que de estrella a estrella nada comen ni beben ni aun se atreven a tomar un polvo de tabaco, los que lo gastan, reser-

vando el saciarse de cuanto les da gana para después que las descubren, cuyo permiso les dura hasta que vuelven a ocultarse la mañana siguiente.

Con motivo de esta Pascua convidaron a nuestro Embajador para que viera las escaramuzas con que se divierten. Celebróse otra función por la mañana en la gran plaza del Soco, o Mercado, después de oído el sermón que les predicó el Cady en el campo, en un género de pretorio de cal, y canto, con su pequeña montea, que tienen dispuesto para estos fines a donde si llega vivo un cordero que a mucha distancia degüellan, y al instante le toma un mozo que ya está pronto a caballo, y le trae a toda carrera, creen que aquel año será abundante y feliz, o al contrario.

Concluídas estas ceremonias a cosa de las 8, se restituyeron a otra plaza, donde bajó nuestro Embajador sin más prevención que ponerle entre la misma gente, a un lado de ella. A su largo estaban formados como en arco, unos doscientos hombres de Infantería, que tenían en el centro cuatro Banderas, dos azules, una morada y otra blanca, con su media luna de oro, y un letrero encima: a los costados estaban colocados unos sesenta soldados de Caballería divididos en dos cuerpos, entre los cuales se hallaba el Alcayde, su hijo, y otros de la nobleza: formando todos dos martillos con la Infantería, a cuya derecha forman el gran Estandarte con su bola de latón de que ya se ha hablado, y los contornos estaban cercados de innumerable concurso. Principió el Alcayde las escaramuzas, a quien siguieron los demás, pero sin arte ni disciplina militar, saliendo a correr cuatro o seis de cada lado hasta llegar al otro opuesto haciendo fuego unos cuando se les antojaba, y otros después de haberse mezclado con los demás, y algunos que no podían sujetar sus caballos pasaban la línea contraria atropellando a los demás.

Concluída la función, que duró una hora, se retiraron sin más orden que llevar así la Infantería como la Caballería sus Banderas a la vanguardia; y restituyéndose a casa nuestro Embajador acompañado de Sidy Ahmed el Gacel, entró en la caballeriza del Alcayde, en que había seis caballos atados de un modo digno de notar: desde las manos a los pies, los ponen dos sogas, como de dos tercias de largas, que les obligan a estar siempre encogidos: Delante de las manos clavan un piquete con que aseguran otra soga que llega a unirse con la traba: detrás de los pies ponen otro piquete del que salen dos sogas que rematan en los anillos que tienen en ellos. En esta disposición están sin poderse echar, ni casi hacer movimiento: para evitar que los orines hagan balsa en el suelo ponen sobre él, entre pies y manos, dos tablas algo separadas, y embebidas en el mismo empedrado formando al medio una especie de Rigola, por donde caen a un canal que tiene a un lado la caballeriza con vertiente hacia fuera. No usan pesebres porque la cebada, que es lo único que comen, se la ponen en morrales.

El día seis de Marzo convidó el Embajador moro al nuestro, a oír por la noche en su habitación una música de las que pocas veces se ven en el país: La sala estaba iluminada con una araña de metal con catorce lamparillas hechas de vasos regulares de beber: La araña pendía de dos cordeles gruesos que atravesaban lo largo de la sala, cuyas paredes se veían sin adorno, y el suelo cubierto de esteras finas, alfombras y tapetes, sobre los que en dos filas había doce candeleros de metal con sus velas de cera. Concurrió lo principal del país: Estaban a un lado con el Alcayde y Embajador Moro doce Magnates, sentados sobre otros segundos tapetes colchados: y al otro formaban en coro los músicos, habiéndose llevado las sillas de casa (45) para nuestro Embajador y comitiva, a quienes recibieron con atención: Los instrumentos de música eran una pandereta, dos como banduirias, una caña de media vara de largo; horadada de arriba a abajo con seis agujeros en la parte superior, y otro en la inferior, dos al modo de violines de faltriquera, cada uno con dos gruesas cuerdas, que eran por medio de unos arcos semejantes a los de nuestros bajos. Siendo también igual su método de manejarlos. Había además un moro que daba palmadas señalando con ellas los compases, sentados todos de cuclillas. Estos instrumentos acompañaban a cuatro cantores en sus melancólicas tonadas, dignas de celebrarse sólo por la fortaleza de sus pechos, que resistieron más de una hora seguida gritando, siendo la que ellos ponderaron más la que dicen compusieron por la pérdida de Granada.

Para que tuviéramos alguna idea de sus bailes salió un moro, que al compás de sus instrumentos con un ceceo extraño, arrastrando los pies y pateando con ellos, sin diferencias ni mudanzas, daba muy despacio y con gran seriedad, algunas vueltas sobre un mismo sitio sin mover los brazos, hasta que habiendo hecho algunas desayazadas cortesías, sacó el derecho, y luego el izquierdo, llevando uno después de otro a la cabeza con mucha lentitud.

Tocaron después nuestros músicos algunos conciertos, y uno cantó algunas airas de bello gusto, pero nada les agradó tanto, como algunas rápidas tocatas del fabot, y el toque punteado de la vigüela: quisieron también que se bailara por los nuestros el fandango, por la noticia que de él les había dado el Embajador Moro, hízose así, y manifestaron suma complacencia (46).

El treinta y uno del mismo Marzo convidó el Alcayde al Embajador por todo el día a una casa de campo, que es de un hijo del Emperador (47), distante una legua de la Ciudad, y al otro lado del Río (48), en un sitio muy fértil por la bondad del terreno y abundancia de las aguas. Salieron de Tetuán en número de unas doscientas personas, la mitad a caballo, y otros tantos o más a pie, yendo delante veinte soldados de Infantería y cerrando

la retaguardia otros veinte de Caballería: En esta disposición se llegó a la casa de campo, a cuya entrada hay una calle bastante larga y recta, terminada de un alto enrejado de cañas, y a su extremo una glorieta separada de un gran estanque por una pequeña plaza, donde se apearon. Subieron a la glorieta para ver la amenidad natural de aquel sitio, y después pasaron a la gran casa de campo de palacio que describe Mr. de la Martinière, obra del Bajá Ahmet. Reedificada hará cuarenta años por el Bajá anterior de Tánger, y arruinada por el presente Emperador, en que solo se vió con lástima muchos paredones y fragmentos, cuya capacidad denotaba que había sido la mayor obra de aquel país.

Vista ésta y la huerta de un santón donde bajo de unos árboles previnieron esteras y tapetes, y sirvieron abundancia de naranjas; volvieron al jardín del convite, y en él se sirvió abundante y sazonada comida hecha por los cocineros de ambas Naciones, alternando los principales en la mesa, donde se brindó a la salud de los dos Monarcas (49), lo que celebraron los moros pero no pudieron corresponder por impedirles su ley el uso del vino. Acabado el café, hicieron con esteras, tapetes y almohadas, a que también se agregaron sillas, un estrado en el que había sentadas más de cincuenta personas con los Embajadores y Alcaydes, incluso el de Larache que a la sazón se hallaba allí; formando el todo una respetuosa visita. Durante este cortejo y el de la comida alternaron los tambores e instrumentos músicos de los moros, hasta que ya tarde se salió de la Huerta y en una llanura que hay a la orilla del río hicieron sus escaramuzas acostumbradas, en que el Embajador español corrió dos parejas con el Alcayde de Tetuán, que fueron muy celebradas de los moros... Continuóse el camino de la Ciudad, a cuya entrada era tanta la gente que dificultaban el paso, habiendo sucedido poco menos a la salida, sin que entre tanto concurso se hubiese notado acción ni voz de desprecio, antes aseguró el intérprete (50) había oído decir particularmente a las moras que coronaban las azoteas: ¡Oh! pobres, qué lástima que no crean nuestra religión.

La Ciudad de Tetuán, que está en 35° 36' de latitud septentrional, se ve situada en la pendiente de una montaña a un cuarto de legua del río Quitan, y a dos leguas del mar: el aseo que tienen sus naturales en blanquear sus casas, las mezquitas, y sus torres promete de lejos a la vista otra cosa de la que se reconoce de cerca: la pequeñez de sus casas, su arquitectura, ni más ventanas que unas aberturas cubiertas de tablas con pequeñas rendijas y agujeros para mirar sin ser vistos: la poca altura de sus puertas, que el hombre de menor talla no puede entrar sin agobiarse: La angostura de sus mal empedradas, sucias y torcidas calles: los feos pasadizos que las atraviesan: Las plazas, o muy chicas o muy grandes, rodeadas de tapias sin edifi-

cios de consideración ni hermosura, forman un conjunto de aldeas que es a lo que más se asimila esta Ciudad, no obstante de pasar por la mejor de este imperio después de Fez y Mequínez.

Tiene siete puertas que pretenden defender con seis débiles cubos y el antiguo castillo no menos inútil: Las murallas son hechas de tapia, sin foso alguno, y aunque de la misma construcción tienen de trecho en trecho almenas, y torreones; los más están sentidos, y relajados: Unense las murallas al Castillo nuevo que está situado en lo más alto de la Ciudad, pero dominado de otras colinas inmediatas sin fuego que mire a ellas; ni los de la parte de la Ciudad pueden ofender mucho a esta por su mala repartición (51).

Hay en toda la Ciudad veintitrés chemas o mezquitas, siete sinagogas de judíos, y otros diez santuarios de moros (52).

En las chemas, que son sus mejores fábricas, ninguna arquitectura ni suntuosidad se advierte por ser comunísimas, y bajas, sobretenidas de muchas pilastras pequeñas repartidas sin orden: todas tienen su torre, con una asta de bandera para izarla a las *horas de Bojar, Assar y Nagareb*, que es a las doce del día, tres y media de la tarde, y anochecer para convocar el pueblo a hacer su *Zelá* y sirven para otros fines cantando un moro desde lo alto alabanzas a su Profeta. Canta también a las 9 de la noche, a las 12 de ella y al amanecer sin izar bandera, y ésta suele servir para señal de que llega embarcación al puerto, y entonces para mejor advertirla avisan con un ruido semejante al de nuestras carracas. Hay repartidas diez y nueve fuentes para el común, y de ellas tienen una en cada chema y casa principal.

Como aquellas gentes creen que lavándose se purifican, han hecho algunos baños públicos, que calientan en invierno para el que paga cuatro fluses, o un sexto de blanquillo, que son tres maravedís, y un tercio (53).

Divídese la Ciudad en cinco barrios, llamados, *Franca, Tala, Abin, Rebas Fly, y Eblus*. En una parte de éste viven los judíos y se llama la Judería: Tiene dos puertas y en cada una un Alcayde de día para contener a los moros si los quieren agraviar; y para decidir sus pequeñas diferencias; pagan los mismos judíos cinco pesos cada mes a estos Alcaydes, quienes al anochecer se retiran y aquéllos se encierran en su barrio.

En todos los de la Ciudad tienen su bandera de diverso color para distintivo, y en cada uno hay su cabo que ronda sólo de noche, y entonces tiene facultad de prender a quien alborote o sea sospechoso, pudiendo también con orden del Alcayde, alistar la tropa que necesiten porque allí, aunque sin disciplina, todos se consideran soldados, y están obligados a tomar las armas; razón porque nunca tienen señalada tropa.

Unas veces nombra el Emperador y otras el Alcayde a su *Jalifa* o tenien-

te, a quien pertenece rondar, prender y hacer ejecutar las justicias, y órdenes del *Cady* y del Alcayde, así como celar que no haya escándalos y cuidar de las provisiones del pueblo, a cuyas puertas sólo ponen guardas, sin otra paga que la contribución que ellos mismos sacan de los géneros y comestibles que salen y entran.

El Alcayde tiene Audiencia cada día, y aunque puede prender, multar y apalear, no tiene facultad para sentencias a muerte, siendo a quien pertenece todo caso grave, tanto civil y criminal, como eclesiástico, al *Cady*, sin que su sentencia se pueda apelar por ley sino al Mufti, que es como su Padre Santo, aunque al presente nadie lo es, y así sólo se acude al Emperador, bien que en los casos de Hacienda, pueden apelar a los Cadys de Fez, y de Mequínez.

Hay Talbes, o abogados, que son hasta sabios de la Ley (54), y Adules o escribanos que conservan los papeles originales de pleitos y causas públicas. En las criminales se entrega el delincuente a la parte querellante para que por su mano ejecute la justicia, quedando al arbitrio de éste el perdonarle la vida aun después de sentenciado, lo que por dinero suele ejecutar la gente inferior, pero jamás la principal aunque viva necesitada.

Los testigos que para sentenciar a muerte pide la Ley son dos, conocidos por nobles y de verdad; pero de la demás gente manda que sean doce, de cuya naturaleza es fácil hallarlos, aunque haya sido de noche y en desierto, por la codicia que les domina (55).

Toda la tropa de dotación de Tetuán son cien soldados de Caballería, y de ella cambian cada mes al campo de Ceuta un destacamento de quince hombres; para la manutención de todos abona el Emperador al Alcayde dos mil ducados morunos de a veinticuatro reales (56), diez y ocho *mrs* (57) de vellón cada un año; pero éste, sólo da tres a cada uno por tiempo de Pascua, y además la cebada para el caballo: De esto se quejan los mismos soldados, diciendo que no puede servir bien el que para mantenerse necesita trabajar (58). No están mal sin embargo los que comisiona el Alcayde, aun en asunto de poca entidad, porque aquel a quien se dirigen está como obligado por costumbre a mantenerlo mientras dura la comisión, y a regalarle después (59).

Los trajes y vestidos que regularmente usan los moros en esta Ciudad, y aun en todo el Imperio, son los mismos que vestían el Embajador Sidy Ahmet el Gacel, su comitiva y familia que vinieron a España.

Todos llevan las barbas largas, pero rapada la cabeza, con la diferencia de que unos se la rapan toda, otros dejan un mechón hacia el medio algo inclinado a la oreja derecha, y algunos muchachos una lista por la mollera parecida en su arte a la cresta de un gallo: Los últimos, por sola distinción

o gala de *Cherifes*, que es lo mismo que de sangre Real; y los segundos, para que cuando mueran puedan mover por el mechón la cabeza del cadáver, porque dicen que agarrarla por cualquiera otro paraje es culpa, y que en ella incurren los primeros, si no llegó a crecerles antes de morir; pero los que llaman *Santones* pueden llevarle largo, corto, o como les acomode.

Veneran por santos a unos hombres, inocentes o pícaros, y el más celebrado de todo el Imperio, que a la sazón se hallaba en Tetuán, se entró en casa del Embajador la mañana del día 28 de Marzo, llevando consigo a otro moro, no menos desaliñado y ridículo, que iba delante con extraordinaria devoción, cantando alabanzas a su Profeta, con tales gestos del monaguillo, y arrobamientos de el Santo, que sólo viéndolo se puede concebir alguna idea de semejante simpleza, siendo aún mayor la de aquella gente, por la grande opinión y respeto con que todas miran a aquel hombre, pues aunque casado, y con hijos, no sólo no se opone nadie a que haga cuanto se le antoje, ni a que entre y salga donde le diere la gana, sino que todos promueven sus ideas y las familias o casas de su elección se tienen por afortunadas. Esto supuesto parecerá menos repugnante creer que ni los Alcaydes, ni otro alguno osa disgustarle, mayormente cuando aún el mismo Emperador le mira con suma veneración, creyendo todos tener en él el mayor tesoro de esta vida. Su edad es como de sesenta años; su estatura regular, y no mal proporcionada; su rostro venerable; el color, moreno claro; hendido de ojos y poblado de cejas, así como de cabello y barba; el vestido era una camisa según pareció por cuello y brazos; un gran saco, o túnica de paño verde con mangas anchas, y babuchas en los pies; todo sin sujeción y con tanto desaliño, que su vista era un recuerdo de los moriscos misteriosos que suele ridiculizar el teatro cómico, capaz de mover la risa al más serio, siendo precisos repetidos encargos del Embajador para contener la de los españoles. Volvió a las dos de la tarde, a tiempo que comía el Embajador, cuya espalda tocó después de haber rodeado la mesa; pero viendo que nadie le hizo caso, marchó con sus acostumbradas canciones y lentitud, diciendo antes al compañero: *vamos que estos no entienden.* Con esto se creyó que ya no volvería; pero hasta las diez repitió seis visitas, aunque ya en las de la noche sin el cantarín, bien que con otro que le alumbraba, siendo en una de ellas quien llevaba la vela el mismo Embajador moro, con tal respeto que, entrando en el cuarto del nuestro, queriéndose acercar éste, le detuvo aquél sin atreverse a hablar, dando sólo por señas a entender que no interrumpiera al Santo; quien prosiguió registrándolo todo, y aun volvió otros días para acabarse de certificar; pero conseguido se fué retirando.

Las moras visten su camisa igual a la de los moros; pero de unas mangas tan anchas y largas, que acostumbran prenderlas a la espalda; gastan

calzoncillos muy largos de que forman una especie de batín que llega hasta las babuchas o chinelas; su *Cafetán*, o especie de bata corta y ajustada, a más de abrocharlo todo, como los moros con muchos botoncitos, en nada más se diferencia de el de éstos que en guarnecerle con trencilla de oro o plata; el *Tayque*, que es como una sábana de seis varas de largo, y dos de ancho, es igual al de los moros, y asimismo su modo de ponerle dando con él dos vueltas al cuerpo, pasándole una sobre la cabeza, cubriendo la frente sin más diferencia que ceñírsele las moras a la cintura por una faja de seda de las que fabrican en Fez, tejidas con oro, o plata en sus extremos, volviéndolos por encima de los hombros los llevan a prender al pecho con corchetes, de que pende una cadena de oro, o plata. El cuello le adornan con collares de coral, y de pequeñas perlas, y también de medallas, y las orejas con unos aros de plata u oro hueco por pendientes, cuyo diámetro sería como de dos pulgadas, y su grueso como el de una línea, que suelen guarnecerse de piedras falsas; usan brazaletes de una pieza, y cuando están en casa ponen en los pies, hacia su garganta, unos aros de plata u oro de dos dedos de ancho y abiertos para colocarlos con más facilidad. El pelo lo dividen por medio de la cabeza, formando a cada lado varias trenzas que enlazan a la cintura, cubriéndole regularmente con una gasa encarnada que rodea la cintura, cayendo después suelta por la espalda. Tienen también su turbante hecho con una faja de seda como la del ceñidor del tayque, con dobleces de cuatro dedos, que sólo se diferencia en ser más rica, por estar tejida con plata o oro. Cuando salen a la calle, ni cuando están en casa, no pueden dejarse ver el rostro, sino del marido o parientes, y para recatarle, ponen desde los ojos hasta debajo de la barba un lienzo blanco, que sujetan por detrás de la cabeza, a fin de que cayendo el tayque sobre la frente las quede libre sólo el uso de la vista.

Desean mucho ser gruesas por la mayor estimación que logran de los moros; píntanse las uñas, las palmas, y algunas los pies con el zumo de una hierba que da el color rojo, y así moras como moros, de negro los párpados, porque dicen les preserva la vista, pero les añade mucha fealdad.

El traje de los judíos se diferencia en que no llevan *Tayque*, y en que el *albornoz*, que por precepto deben ponerlo sobre los hombros, haya de ser negro, así como el gorro, que parece un gran solideo, en que ponen un doblez por detrás para demostración del terrible yugo que les oprime.

Las judías llevan el mismo vestido y adorno que las moras, a diferencia de poner en medio de los turbantes un cintillo de pedrería y un hilo de perlas que cae sobre la frente. Las solteras, dejan descubierto el cabello, que cubren con un velo las casadas por rito de su Ley, siendo postizo el que por las faces manifiestan; en el pendiente, como de una cuarta, que llevan en el

collar, y cae sobre el pecho, remata una perilla hueca de plata en que ponen algunos olores delicados; en lugar de *Cafetán* visten un Jubón abierto por delante, con mangas anchas que no pasan del codo, guarnecido de galones y alamares; sobre sus faldillas ciñen al cuerpo una especie de refajo verde que llega al tobillo, y le aseguran con una faja: Encima de ésta ciñen unos cordones gruesos de seda con borlones fingidos de plata hueca, y de éstos penden por la espalda hasta las corbas otros tres o cuatro, o seis, que sin dirección van sonando cuando andan, como cascabeles. Estos trajes son los de la gala entre la gente rica, pues comúnmente andan los hombres desaseados y mal vestidos, y las mujeres, aunque aseadas, casi sin adorno.

Los judíos se hallan en esta Ciudad, como en todo el Imperio, sumamente despreciados, ejercitándose en los oficios más serviles. Todo moro tiene facultad para ajarlos sin que ninguno ose defenderse, ni aun de palabra, y si recurren al juez salen comúnmente cargados hasta en las costas. Entran los moros en sus casas con tanta libertad como en la suya propia, y si las judías se hallan sentadas suelen algunos obligarlas a que se levanten y mantengan en pie mientras permanezcan allí, sin que las infelices puedan decirles que se vayan. No es permitido a los judíos pasar por delante de las chemas de los moros sin quitarse las babuchas. Pagan cada año cinco ducados por cabeza y además cuantas contribuciones les imponen los Alcaydes y aun el mismo Emperador. Pueden salir del Reino los judíos; pero para que salga una judía, y aun para mudarla de una Ciudad a otra, ha de pagar mil ducados. El Cady pasado resolvió que por Ley no se podía dar sentencia capital a unos moros que siguieron, robaron y mataron a algunos judíos que habían salido de Tetuán, y que sólo sí debía imponérseles otra pena: cuya decisión, más que otra cosa alguna, manifiesta el desprecio y miserable estado de los judíos en aquel país, de suerte que a no estar ligados por las mujeres ninguno se quedaría en él.

Los cumplimientos de urbanidad de los moros se llevan a cabo sin tocarse las manos, besando después cada uno la suya entre iguales, que los inferiores besan la mano o la ropa del superior; su trato de amistad es cariñoso; el de la gente común con los forasteros es fatalísimo; pero la gente de bien no tiene más de aquella rusticidad natural de su crianza, siendo en todos común entrarse en las casas y registrar cuanto se les antoje, siendo tanta su curiosidad, que aunque vean al forastero privadamente con otro, se ponen en medio, y no contentos en ver quieren tocar cuanto miran. No se visitan; mas si la necesidad les obliga se hallan a las puertas de sus casas sin entrar en ellas, llegando cuando más al zaguán; pero si les precisa entrar avisan primero para que las mujeres se retiren, y esperan licencia. Estas mismas detienen a sus

maridos cuando tienen alguna visita forastera, y a ellos no les es lícito entrar si no se lo permiten.

Todo moro se quita las babuchas para entrar en sala que tenga esteras o alfombras; y la misma ceremonia hacen cuando van a hablar al Alcayde, aunque no las tengan o no lleguen a pisarlas.

Las viviendas son reducidísimas, pues las mejores no tienen regularmente sino dos o tres cuartos bajos con igual número de altos, subiéndose desde un reducido patio por una muy angosta escalera a un corredor no menos estrecho: desde éste se entra separadamente a cada cuarto, porque no disponen de ninguna comunicación interior, así de uno a otro ni más ventana a la calle que los agujeros cubiertos de hendidas tablas, y muchas casas ni aun éstos tienen. Su adorno interior es de esteras y tapetes por el suelo. Sólo los más acomodados ponen en la pared corredorcillos o frisos de esteras finas, y algunos pequeños espejos que adornan con toallas o gasas bordadas de seda, colgándolas alrededor. Tienen algunas repisas en que ponen vidrios de colores, y entre estos muebles las escopetas y alfanjes. Pocas puertas tienen cortinas, y las que suelen poner es a los extremos de las salas, y de todo su ancho, que caen hasta las camas; algunas de éstas son unos huecos hechos en la misma pared a la altura de unas tres cuartas, que cubren de azulejos, sirviendo en ellas de colchones algunos tapetes colchados de cerca de dos dedos de gruesos, y sabanillas bordadas de seda; pero las más son de maderos y tablas afirmadas a la pared a la altura de seis o siete cuartas, en que sólo duermen las paridas y la parienta más cercana que las acompaña hasta que están levantadas, quedando sin uso en cualquiera otra ocasión, porque siempre fuera de ella duermen en el suelo sobre esteras y tapetes. No tienen mesas ni sillas porque se sientan en el suelo, y comen sin ella; tampoco gastan cucharas ni tenedores, porque para despedazar la carne o las aves les basta un cuchillo, ayudado de los dedos, con que hacen también y llevan a la boca las pelotillas del alcuzcuz, siendo con la lengua el modo de limpiarlos de la gente común; pero la principal lo ejecutan con otro aseo, pues se los lavan y limpian de cuando en cuando con agua y toalla que tiene pronta un criado. El alimento como es el alcuzcuz, que hacen de harinas, miel, manteca de vacas y frutas, pero la gente más acomodada añade arroz, carne y algunas aves, que matan derramando su sangre como en sacrificio mirando al oriente; pues la que así no muere no la estiman sino para vender a los cristianos.

Tienen aquí cada semana tres mercados en la plaza del Soco. Todos los judíos están unidos, aunque en su calle, separado cada gremio, y sus tiendas, que están en alto, son tan chicas que parecen alacenas; lo mismo sucede

en otro sitio inmediato que llaman Alcaycería, donde los moros más caudalosos venden musulinas ordinarias que traen de Levante, paños asimismo ordinarios Ingleses, y otros géneros bastos del país.

Hay en esta Ciudad una casa de moneda en que sólo fabrican Blanquillos, cuando los judíos de cuya cuenta corre tienen pesos fuertes nuestros, o moneda vieja; pero en las demás del Imperio fabrican *Mutboas* o *Metcardichs*, esto es ducado de oro que también llaman *cegui*. De plata fabrican onzas y blanquillos, y de cobre *fluses* y *desvales* (60). La relación de nuestro doblón de oro con el *cegui* es como ciento cuarenta y tres a setenta y dos; de que se sigue que cada *cegui* vale algo más de treinta y siete reales y dos maravedís de vellón. Comparando el peso fuerte nuestro con las onzas y blanquillos, cada una de aquéllas pesa 9 $\frac{29}{62}$ de estos, así como $\frac{9}{17}$ blanquillos; cada blanquillo vale veinticuatro *fluses* y cada *flus* tres *desvales*.

Hay una sola moneda imaginaria, que es el ducado de plata, y consta de veinticuatro reales y diez y ocho maravedís nuestros de vellón.

La medida única que tienen, para todo género de paño o tela, es el codo moruno, cuya relación a nuestra vara de Castilla es como 119 a ciento noventa y dos.

Las de granos no hubo con qué compararlas, pero pudo saberse que la *zafa*, que consta de sesenta *almudes* de Tetuán, corresponde a siete y media fanegas de España (61).

Para romanear tienen dos especies de quintales, mayor y menor; el mayor consta de cien libras como las de Galicia de a veinte onzas; y el menor también de cien libras de a diez y seis como las Castellanas (62).

El comercio que allí y aun en todo el Imperio se puede hacer con utilidad es únicamente el de la saca de sus géneros, como son ganados, harinas, menestras, gallinas, cueros, cera, tabaco, gomas, aceite, lanas y algún cobre: pero el de remisión promete pocas ventajas, y aún necesitarán los negociantes sumo cuidado para no perderse como sucedió a los Dinamarqueses, que creyendo hacerle muy abundante, arrendaron los derechos de entrada de Salé, y de Saffi, en cincuenta mil pesos fuertes cada año, y apenas sacaron veinte mil: Porque los moros visten solamente de los géneros de su país, a excepción del paño, del cual gastan poco y basto, y ése le llevan los ingleses. Verdad es que la Corte y los Alcaydes gastan del fino; pero les sobra con el que de regalo reciben, y aun si se llevara el negro de Segovia lo pagarían como ninguno. Las sedas tienen también poco consumo, porque aunque las mujeres gastan algunas es sólo en los días más festivos (63).

Cádiz
Tánger
Tetuán
Larache
(El Araish)
Alcazarquivir
Mediа-Mehedia
(Mamora)
Salé
Rabat
(Rabat)
Mequinez
FEZ
Azamor
Azemor
Hasan
Chavia
Temsena
Duquela
Safi
Semira
Smelelia
Mogador
(Suere)
MARRUECOS
E
A
Agadir
Santa Cruz
Port Hilsborough
Fal
0 50 100 150 200 Km.

Los caballos ni camellos no se permite sacarlos sin expresa orden del Emperador.

Aseguraron que los habitantes de Tetuán, inclusos tres mil judíos, ascenderán a treinta mil, pero se cree que no pasan de veinte mil.

Entre estas familias hay aún algunas que se tienen por españolas, preciándose de andaluces, y conservan no sólo los apellidos, cuidándose de no enlazarse en casamiento con los otros moros, sino también los papeles en que fundan su derecho a casas y haciendas.

El *día trece de Abril;* prontos los caballos de silla, mulas y camellos que envió el Emperador desde Marruecos, para conducir el presente de los doscientos ochenta y cinco esclavos, los demás regalos y equipajes, salió de Tetuán el Embajador a las tres de la tarde, acompañado del Embajador moro, del Alcayde de la misma Ciudad, y cuarenta soldados de Caballería. A media legua se halló con alguna gente el Alcayde de aquellas montañas, y a una y media esperaba otro con unos doscientos caballos; ambos hicieron fuego graneado, y el último siguió hasta el campo de *Darsarbog,* donde se llegó a las siete y media, habiendo caminado lloviendo dos leguas, por un terreno agrio y montañoso, por cuya razón se tardaron las tiendas y no pudieron armarse hasta las once (64).

Día 14 (de Abril)

De este campo se salió lloviendo a las diez y media, y a las seis de la tarde se llegó al de *Zinat,* distante de Tánger tres leguas, habiendo caminado otras tres por montañas bastante quebradas llenas de pastos y ganados, en que únicamente consiste la riqueza de los que llaman *Aduares,* que es un conjunto de tiendas que figuran pequeñas aldeas, y de éstas se hallaron algunas.

Cerca de este campo esperaba el Bajá y Alcayde de Tánger Absada, persona recomendable, hijo del célebre Bajá Aly Ben Abdalas, con más de dos mil hombres de Infantería y Caballería, saludando todos con una descarga general graneada. Reunió después el Bajá la Caballería, y corriendo hacia el Embajador hizo las escaramuzas en forma de retirada con bastante uniformidad y mejor orden que cuantas antes se vieron, habiéndolas principiado sus dos hijos. El padre venía airosa y ricamente vestido sobre un hermoso caballo con hebillas y estribos de plata sobredorada, y correajes de seda tejida con oro (65).

El día quince nos mantuvimos en aquel campo, por no haber llegado los camellos con parte del equipaje, y el

Día 16 (de Abril).

Después de haberse vuelto el Alcayde de Tetuán con su tropa y caballos de silla, a las nueve y media salió el Embajador, caminando una legua acompañado del mismo Bajá, quien con su hijo menor y la tropa se retiró, dejando encargada la custodia a su hijo mayor con ciento treinta hombres; siguióse atravesando los riachuelos, y a poco más de dos leguas otro grande nombrado *Mencharalucher*, bastante peligroso por el sumo fango de sus orillas, de suerte que es preciso caminar por medio de su corriente cerca de una milla para salir, sin acercarse a una ni a otra margen porque se atascaría el caballo de más brío.

En el resto de este día (66), ni en los demás hasta el veinte, que llegamos a Alcázar, nada ocurrió digno de notarse. Su Alcayde salió a recibir al Embajador, como un cuarto de legua, con unos mil seiscientos soldados de Infantería, y alguna Caballería: fué grande su voluntad de obsequiar y mayor la confusión de aquella desordenada gente. Armáronse las tiendas cerca de la Ciudad, que es una de las siete del Imperio, por no haber en ella casa suficiente: Como todas son chicas, hechas de ladrillo sin enlucir, parece un arruinado lugar: Hay en ella once chemas, y algunos santuarios de poca consideración, y su vecindario asciende a dos mil familias, inclusos cuarenta de judíos. En esta campaña hermosa pero mal cultivada fué la desgraciada rota del Rey Don Sebastián.

Día 21 (de Abril).

Pasa como a un cuarto de legua el Río Locuz (67), que desagua en Larache: Tenían en él dos pequeñas barcas para personas y equipajes; que los caballos, mulas y camellos, atropellándolos a palos, gritos y pedradas, los obligan a que se echen a nado; cuya faena desde las ocho de la mañana duró hasta las doce de la noche, y por ello no pudo acamparse a más distancia que una legua, cerca de unos pequeños aduares. Antes llegó el Alcayde de aquellos montañeses (68), cuyas escaramuzas fueron tan confusas, y atropelladas, que fué preciso suplicarles las hicieran más apartados. Había un moro que después de disparar corriendo, obligaba a arrodillar su caballo con bastante prontitud, y lo repitió cuatro veces.

Día 22 (de Abril).

A las tres de la tarde llegamos a Larache, habiendo caminado cuatro leguas, la primera por un monte de encinas, la segunda por un campo hermo-

so, y lleno de pastos, y las dos restantes por una frondosa arboleda, donde esperaba el Alcayde, con cuatrocientos caballos, dos banderas, y su música militar. Esta tropa principió con bastante orden sus escaramuzas en los parajes que el bosque lo permitía, repitiéndolas a su salida. Aquí había más de mil quinientos hombres de Infantería colocados en dos alas (69): En esta formación hicieron fuego, pasando después el Embajador entre sus líneas; y a la entrada de la Ciudad le saludaron sus baterías con cincuenta cañonazos, así como las embarcaciones que había en el puerto propias del Emperador (70), de cuya orden alojaron en casa del Alcayde al Embajador, que se detuvo en Larache (71) todo el

Día 23 (de Abril).

Con que se pudo ver el puerto, la Plaza, y sus fortalezas. La Ciudad está situada a la orilla del mar y desembocadura del río, en un sitio elevado, y por partes peñascoso y escarpado, aunque las murallas, fosos y fortificaciones sumamente arruinadas. Pero desde la función de los franceses procuró el Emperador repararlas, y hacer otras de nuevo, con que ya trabajan con la idea de hacer después una nueva Ciudad; y para lograrlo aumentó al corto vecindario anterior cien familias más, muchos trabajadores renegados, quinientos soldados de Caballería y alguna Infantería, libertando a todos de derechos hasta concluir las obras y señalando a la tropa un corto estipendio, haciendo llevar de Fez veinte cañones de bronce de todos los calibres que se hallan en la Plaza del Soco, pero desfogonados los más, y casi todos españoles y portugueses.

Sobre la puerta principal que mira al patio, de un cuadrado antiguo muy arruinado, se conserva una lápida que dice:

"Reinando en España Carlos II y gobernando esta Plaza el Maestre de Campo Don Francisco Vilers, y Medrano, se .... esto ....." pero la falta de letras de estos dos últimos renglones hace dudar el año en que se hizo, o si sólo fué reedificación, que es más verosímil (72).

En un arco interior de la puerta de tierra hay otra inscripcion que por estar alta, y reparan los moros, no obstante haber pasado muchas veces por reconocerla sólo se pudo leer:

"Por la gracia de Dios, reinando Don Phelipe III ..... y mandando esta plaza Pedro Santisteban se hizo esta fábrica. Año de 1616."

Y sobre la puerta del mar se conserva otra gran lápida de Jaspe que dice: "Por la gracia de Dios reinando Don Felipe III ganó esta plaza por mano del Marqués de la Hinojosa año de 1610 y gobernándola el Maestre de Campo Pedro Rodríguez Santibáñez se hizo esta muralla el de 1648."

En una que llaman batería Real hay montados tres cañones de bronce, los dos hechos en Sevilla por Juan Gerardo en tiempo de Felipe IV, año de 1663; uno señala setenta y cinco quintales y de 30 tt^{s}, y dos quintales menos el otro; el tercero, que es aún más crecido, y semejante aunque mayor que una culebrina, está hecho en Fez, y lo prueban tres inscripciones arábigas que tiene, pero la historia es la más graciosa o ridícula que se puede imaginar, y el mayor testimonio de las credulidades y supersticiones de aquellas gentes; es pues el caso que, queriéndolo traer el año pasado de 1766 desde Mequínez donde estaba, siendo mucho su peso, y poco hábiles los marineros comisionados, no pudiendo suspenderle, representaron al Emperador la necesidad de sacrificarle algunas víctimas que determinó fuesen trece bueyes; y como agregando después gente, y palancas (porque allí no usan carretones) lograsen moverle; desatendiendo a la mejor disposición, y aumento de fuerzas lo atribuyeron sólo a efecto de milagro por atención al sacrificio, y con ello no dudaron tenerle por santo y darle culto de tal, y así le llaman el Cañón Santo. Trájose por fin desde Mequínez, que hay tres días de camino, y dejándole en un sitio inmediato a una tienda que para colocarle estaba prevenida, dispusieron incensarle primero, para que no resistiese la entrada, y en ella le dejaron algún tiempo, en el cual, por otra no menos ridícula superstición, se aumentó y confirmó el crédito de santidad; pues hubo moros que afirmaron con juramento, que le vieron ir de noche a un inmediato santuario o sepulcro de una Muger llamada Mamona, y está venerada por santa, y que a la madrugada también le vieron bajar a purificarse a la orilla del mar, y restituirse a su tienda: de donde poco después le trasladaron a la citada Batería Real, en que presentemente se halla, pero antes ya por la citada visita le reconocieron y apellidaron con el nombre de Mamon, y así le llaman *El Cañón Santo Mamon.*

Salió de Larache el Embajador la mañana del veinticuatro, y en todo este día no ocurrió nada particular (73), ni tampoco el veinticinco; cuyo camino se hizo por un terreno llano, siempre a la orilla de la Gran Laguna *Toura*, que es de diez leguas de largo, habiendo acampado cerca del santuario nombrado *Sidy Abajaman Bendris* (74) donde era infinita la multitud de mosquitos, tábanos, azanas, y otros incómodos insectos; y sólo se advirtió que la tropa de Caballería iba sucesivamente aumentando, tanto que ya el 26 acampaban más de cuatro mil hombres que llegaron hasta una colina enfrente de

la Mamora (75), corta y arruinada población que antiguamente fué de portugueses, situada sobre el río *Sebú*, y habiendo hecho alto en dos alas, después de tres descargas generales granedas se despidieron, y el Embajador bajó a acampar a la orilla de otro río, con la tropa de su primitiva custodia.

Día 27.

Pasóse en pequeñas barcas el equipaje y el ganado a nado, llegando a las once a la Mamora, cuyo Alcayde bajó con la gente principal a recibir al Embajador, y para que descansase habían tendido esteras y tapetes bajo de una higuera pretendiendo se detuviera para obsequiarle, pero al fin se prosiguió el camino, y a las cinco de la tarde se llegó a Salé, cuyo Alcayde alojó al Embajador en su casa habiendo salido a recibirle con más de mil quinientos hombres de Infantería, sin ninguna caballería por estar ésta citada para el día siguiente, y después que los primeros hicieron sus descargas con la mayor confusión se formaron en dos alas por las calles que son muy angostas y por ellas continuaron su desordenado obsequio, sin poder conseguir que al pasar no disparasen, sobre personas y caballos (76).

Salé es una Ciudad rodeada de viejas murallas de poquísima fortificación, y en su tamaño casas y calles, muy semejante a la de Tetuán, con un pequeño castillo hacia el mar, que aunque no se pudo ver, tampoco parece ser gran cosa y la barra del río no tiene agua sino para embarcaciones muy chicas.

Esta Ciudad se halla dividida de la de Rebata, o Arbat, que quiere decir arrabal, sólo por el mismo río; en él tenía cada Ciudad prevenido su barco para que pasase el Embajador, cuyas pretensiones por haber descansado todo el día veintiocho se reconocieron la mañana del veintinueve, hallándose ya los Embajadores en la playa acompañados de innumerable concurso y tropa, así de Infantería como de Caballería (que ya había llegado), y continuamente saludaba. Las competencias de cada Alcayde fueron grandes, y tal vez las habría decidido la violencia, si saltando el embajador español en la de Salé, no les convenciera el que Ahmet el Gacel fuera en la de Rebata; así se pasó el río, recibiendo a un tiempo los saludos de la artillería y fusilería de ambas ciudades, desembarcando en un sitio lleno de rocas entre innumerable pueblo. Su tropa de Caballería estaba inmediata, de cuyos soldados ofrecieron caballos a los españoles, y en ellos se subió hasta una antigua Alcazaba, siendo impracticable entonces, por el excesivo concurso y fusilazos, el paso de la Ciudad para ir a ocupar las tiendas que ya estaban armadas al otro lado de ella hacia la parte del mar (77)

Esta Ciudad de Rebata (78) tiene el caserío algo mejor que la de Salé

pero sin tantos jardines, y en todo lo demás, casi igual a ella, sin que tampoco sean de consideración sus fortificaciones ni en ellas parece que haya artillería de servicio, porque la que sirvió para los saludos (79) estaba tendida por la playa, y mucha parte desfogonada.

Día 4.

Hasta este día que a las once de la mañana llegamos al gran Río *Morbea* que divide los términos de *Chavia* y *Duquela*, yendo con una rapidísima corriente a desaguar en *Azamor*, nada hubo digno de advertir: Llaman también comúnmente a este río de los Pellejos, por servirse de ellos con forma de planchas para pasar a todo el que transita, y en esta forma: Ya hinchados los pellejos, los atan en dos filas a tres débiles palos con poca sujeción; ponen encima las personas o la carga, se agarran a los palos, tres, o cuatro o más moros desnudos, y nadando apartan de la orilla la plancha muy despacio, hasta que llegando a la corriente, ésta lleva a todos río abajo con extraña rapidez descaciendo más o menos, según la mejor o peor disposición de las planchas, o habilidad de los nadadores que a fuerza de pies nadando con ellos procuran ir granjeando salida a la orilla opuesta, donde regularmente hay siempre precisión a cada viaje de rehenchir los pellejos (80).

Como las planchas no eran más que cuatro: una de diez y ocho pellejos, otra de veinte, y dos de veinticuatro se empleó esta tarde, y todo el siguiente día cinco, en sólo pasar a la otra orilla, de donde aunque llovía se salió a las seis y media de la tarde, por no poder acampar allí, ni dejar atrás cosa alguna, habiendo caminado dos leguas hasta la cercanía de un Aduar.

Día 6.

Se caminaron cuatro y media leguas por buen camino lleno de Aduares, y a cosa de la una se llegó, inmediato a la Alcazaba de Duquela, cuyo castillo tiene cuatro cañones, y saludó con veintiocho en siete distintas descargas, habiendo sido aquí muy numeroso el recibimiento, sin la confusión de las escaramuzas (81).

Esta provincia es la más rica del Imperio, en ella se fabrican los mejores Jayques, y albornoces, y abunda en trigo y caballos.

Días 7, 8 y 9.

Salióse el primero de Duquela, y tanto éste como el segundo, se caminó por un terreno sumamente caluroso (82), yendo el tercero a acampar a un jardín del Emperador nombrado *Smelalia*, que quiere decir junta de frutas,

distante poco más de una milla de Marruecos, pasando antes como una legua el río Tansif por un puente bastante largo aunque estrecho y mal tratado: Entre este puente y el jardín hay varias huertas de palmas, ruinas de edificios, y el grande acueducto subterráneo por donde va el agua que se gasta en toda la Ciudad, obra de los esclavos portugueses que quedaron después de la rota del Rey Don Sebastián: El Jardín se reduce a una huerta regular de mucha arboleda y frutales, sin adorno, ni particular hermosura. Tiene un mirador con una pequeña especie de galería enlosada de azulejos, y dos fuentecitas cuya agua, que es muy buena, sale por otras dos tazas de mármol. A éstas como galerías, de que abundan casi todos los jardines, llaman Menses, y sirven al Emperador para dar en ellas las audiencias ordinarias echado sobre tapetes, a diferencia de otras que hay cuadradas, y sirven para lo mismo, que llaman copas porque sus techos están algo levantados: y como en todo el jardín no había otra casa se armaron las tiendas entre los árboles (83).

Día 10.

Prevenido lo necesario a la entrada pública, llegó a las ocho de la mañana un Alcayde a preguntar de parte del Emperador que a qué hora quería salir el Embajador; y habiéndose determinado que a las once; a esta hora vestidos todos de gala, y con caballos ricamente enjaezados, salió el Embajador y comitiva, acompañado del Embajador moro, y de la suya, así como los ciento treinta y un soldados, y cuatro Alcaydes que desde Larache vinieron escoltando, y delante de todos la banda de música; pero acudió tanta gente que fué preciso que los Alcaydes, y tropa se valieran del palo para separarla, y que rodearan después a los españoles para poder marchar.

Siguióse la marcha en esta disposición por las inmediaciones de la Ciudad, aclamados del pueblo, hasta un sitio alto que está enfrente de la Alcazaba o palacio, desde cuya torre miraba con un anteojo el Emperador. Allí permaneció el Embajador mientras la tropa de Caballería mandada por Muley Mamon (84), segundo hijo del Emperador, y por Muley Dris su primo, que ocupaba el espacio de media legua formada en arco, y en número de diez mil hombres, hizo tres descargas generales, desplazando después ochenta hombres a la derecha en escuadrones con multitud de banderas. En el primero que traía doce, venía Muley Dris (85), quien con los principales Bajás del Imperio que concurrieron con su tropa a la Corte con motivo de la Pascua, y a quienes había mandado detener el Emperador para hacer más lucida la entrada, se acercó al Embajador y dijo: que el Sultán celebraba que hubiese llegado sin novedad, y que apreciaba más los captivos que el Rey de España le enviaba, que le llenara el Reino de oro, o de diamantes: correspon-

dió el Embajador y retirado Muley Dris, prosiguieron la marcha los españoles, aumentándose siempre el concurso, y haciendo la tropa a pelotones sus escaramuzas. Paróse a poco trecho porque Muley Mamon venía con algunos magnates a jugar la pólvora delante del Embajador, quien reconocido se adelantó a cumplimentarle, y darle las gracias; y este príncipe le correspondió diciendo: Bono, bono Embajador, retirándose luego. Continuaron los españoles volviendo después Muley Dris, y al pasar por un estanque que hay cerca de la Alcazaba, saludó con seis tiros un tabaquito de recreo que tiene allí el Emperador, habiéndose ya mudado S. M. a un alto mirador para ver pasar el Embajador. Atravesóse inmediatamente el Mensual, que es un espacioso campo enfrente del palacio donde a caballo da sus audiencias públicas el Emperador, y ejecuta o manda ejecutar la justicia, por cuyo sitio a las tres de la tarde se llegó a un jardín del Emperador nombrado *Chinenlafia* o jardín de paz, en el que habían armadas ocho tiendas (86), y apeados dijo Muley Dris al Embajador, que el Emperador le alojaba allí por separarle del bullicio, y ofrecerle el jardín para su recreo. Retirado este Ministro pasaron los españoles a las tiendas de las cuales había tres hechas firme, y de figura piramidal bastante espaciosas, y vestidas de lanilla azul y encarnada, adornados los pisos de esteras y tapetes, teniendo además la mayor una rica alfombra de Levante de nueve varas de largo y cinco de ancho, y al frente un vergel de dos cuerpos o duquesa dorada cubierta de damas o carmesí, y de un lienzo de tela de oro que tapaba los almohadones: a un lado de ella sobre un azafate de charol chinesco había un grande y bien trabajado candelero de plata. A poco tiempo de haber ocupado las tiendas, entró el camarero mayor del Emperador, y de su parte dijo al Embajador que nada creyese sino lo que le avisara por medio del Embajador moro, de que se puede inferir cuán dudosa esté allí la verdad, y añadió que el Sultán estaba tan gustoso, que bien podía contar por concedido cuanto pidiese (87), que de su parte le ofrecía la alfombra y los nueve tapetes; y que para prueba de su estimación advertía que la Duquesa era donde S. M. I. se sentaba, y su cubierta la misma sobre que hacía el Zalá. Manifestó su agradecimiento el Embajador, y retirado el camarero envió el Emperador una abundante comida de veinte platos a su modo, y pan del mismo que come, y una hora después otra de treinta platos, y cuatrocientos panes para los esclavos, y demás gente.

Día 11.

Envió el Emperador a pedir los osos, perros y pájaros, con pretexto de desembarazar de este cuidado a los españoles, aunque no fué, sino porque deseaba ver los osos, que ni por allá se crían ni los había tenido jamás, y

porque quería hacer reñir los perros. Remitiéronse al instante, y luego que los vió mandó a echar a un lobo cuatro de los de presa; pero no habiendo prevenido quitarles los bozos, o frenos, nada le ofendían; pero advertido por uno de los moros que había ayudado a su conducción se le quitó el bozo a una perra, la que con intrepidez se arrojó sobre el lobo, y le hizo presa de modo que le ahogara a no haber mandado el Emperador que la quitasen, lo que se ejecutó con la mayor prontitud, quedando el Emperador, y su acompañamiento con la mayor admiración celebrando la valentía de la perra; y mucho más la riña que tuvo después el perro más pequeño, con otro muy grande de los que el Emperador tenía, por lo que S. M. I. se creyó que su gran perro lograría la victoria, pero fué tan al contrario que puestos los dos brutos en la palestra a los primeros encuentros apresó el chico de tal modo al grande que le dejó sin movimiento para su defensa, y arrojando un palmo de lengua iba acabando con él por instantes a no habérselo quitado, por cuyos dos casos decía el Emperador que su amigo el Rey Carlos le había enviado los mejores perros de España.

Día 12 de Mayo.

Se presentaron al Emperador los 285 moros cautivos, que S. M. C. envió a aquel Monarca, quien se hizo cargo de ellos desde este día señalándoles alojamiento fuera del jardín (88).

Día 13 de Mayo.

Se reconocieron y separaron los demás regalos que son.

Al Emperador.

Una sortija de brillantes.

Una magnífica tienda de campaña de terciopelo carmesí guarnecida de galón de oro (89).

Seis espejos grandes.

Seis cajones de cristales que llegaron sanos entre mayor porción que iba para el mismo fin.

Dos arañas de cristal una de cuatro cuerpos, y otra de tres.

Un quitasol grande bordado de oro por dentro, y fuera.

Otro dicho de plata.

Dos fusiles, y dos pares de pistolas guarnecido todo de pedrería.

Dos cinturones bordados de oro.

Dos cuchillos corvos con baynas de plata, y pedrería.

Una vajilla china.
Cinco piezas de tisú.
Cinco de Holanda.
Cinco de terciopelo.
Seis piezas de paño grana, verde y celeste.

Regalo al príncipe heredero Gobernador de Fez.

Una tienda de campaña de Damasco verde galoneada de plata.
Dos espejos medianos.
Un fusil, y dos pistolas guarnecidas de pedrería.
Dos cinturones bordados.
Una pieza de tisú, otra de Holanda, otra de Damasco, otra de terciopelo, y otra de paños.

Regalo a Muley Mamon Gobernador de Marruecos.

Dos espejos: Un fusil: Dos pistolas a la española todo, y cinco piezas iguales a las antecedentes.

A Muley Abraha Gobernador de Safi.

Un fusil a la española con dos pistolas; y las mismas cinco piezas de tisú, Holanda, Damasco, terciopelo; y paño.

A Muley Masid 4.º hijo del Emperador.

Cinco piezas iguales dichas.

A Muley Dris primo del Emperador.

Una tienda de tafetán doble galoneada de seda; un juego de china para café: Cinco piezas iguales a las dichas.

Día 14 de Mayo.

Regaló el Emperador a S. E. un cubito de madera guarnecido de plata para beber leche, y le envió la comida regular.

Día 15.

En el gran campo de Mensual que como se ha dicho está enfrente de Palacio, y es el sitio de las audiencias públicas, se armó de orden del Empera-

dor la magnífica tienda referida, en todas las costuras cubiertas de galón de oro, y cubierta de coti, todo el exterior, cuya cumbrera, y las dos puertas de los corredores, se adornaban con ocho remates dorados con sus pendoncillos de damasco, y en cada uno bordado en realce de oro, el Real Escudo de España. Además del salón, formaba con damasco, igualmente guarnecido, cuatro espaciosas alcobas.

Quedó el Emperador con tanta complacencia de haber visto esta tan preciosa tienda, que mandó quitarla las alcobas para que añadido su espacio al salón sirviese en lo sucesivo solo a los Talbes (90), para que celebrasen en ella las funciones más solemnes de su gran Profeta Mahoma (91).

Día 16 de Mayo.

El Embajador de Francia Conde de Brignon que había desembarcado en Safi llegó a cosa de las nueve con algunos granaderos de su Nación, y su comitiva de 10 oficiales, 4 guardias marinas, un caballerizo de Campo, su Cónsul General, un Cirujano, y demás familia con caballos, y Jaeces de la caballeriza Real de Francia; salió Muley Dris a recibirle con 50 moros; y al pasar cerca del estanque saludó el Javequito con cinco tiros llevándole después a alojar a un jardín distante de Marruecos una milla quedando en tiendas fuera de él, la tropa, y alguna familia.

Habiendo señalado el Emperador este día para dar audiencia al español a las seis de la tarde, con sus oficiales, principal comitiva, y la banda de música, fué éste acompañado del Embajador moro, y de un Alcayde al Mensual en cuyo sitio, a caballo, y sin lanza como acostumbra (92), estaba el Emperador muy modesto porque se precia de talbe, en medio de un grande óvalo que formaban 2.000 hombres de su Infantería; en cuya conformidad, y algo retirado, estaba al lado derecho, Muley Mamon, y al izquierdo, Muley Dris, cerca de este Muley Bertarchift tío del Emperador, y algo más separados el Bajá de Duquela, y otros principales de la Corte, cuyos caballos tenían de las bridas algunos negros fuera del óvalo, todos enjaezados con aderezos de terciopelo carmesí; los cuatro de seis que eran con sillas bordadas de oro, y una de éstas con bastante pedrería. Cerraban el frente del óvalo los 285 cautivos, y 27 caballerías que, según usanza, conducían el regalo que enviaba a aquel Soberano nuestro Monarca.

Rodeaban asimismo al caballo que montaba el Emperador, otros negros que con toallas espantaban las moscas, y uno le tenía un gran quitasol de terciopelo amarillo, y encarnado.

En esta disposición estaban guardando todos el más profundo silencio cuando, guiado de un Alcayde de estas ceremonias, entró el Embajador en

el óvalo y, llegando con tres reverencias cerca del Emperador, dijo éste: bono Embajador del Rey Carlos bono, expresión que sólo se le oye en las ocasiones de su mayor placer acreditando entonces el que tenía, añadiendo: más quiero al Rey Carlos que a todos los Reyes del Mundo juntos; y asegurándole el Embajador de la recíproca correspondencia de su amo, le entregó las credenciales, y para memoria una sortija de brillantes que miró el Emperador diciendo a los de su Corte: esto y cuanto nos envía el Rey Carlos es menester estimarlo mucho; y al Embajador, que había mandado a sus arraeces (93) que tratasen *con toda amistad* las embarcaciones españolas, y que si hallasen alguna sin pasaporte la llevasen al más cercano de nuestros puertos, y que había celebrado mucho que en el de Cartagena hubiesen admitido, y tratado a otra suya, sin embargo del temor que (dijo) tenían los cristianos a la peste: a que respondió el Embajador que el tiempo iría desvaneciendo estos temores, y haría conocer nuestra hospitalidad.

Agradecióle el Emperador, y dando la credencial para traducirla, a Sidy Ahmet el Gacel, le mandó llevar a descansar al Embajador hasta otra vez que le concedería cuanto tuviera en su pecho; a que dijo el Embajador que en su Real presencia lograba el mayor descanso, y satisfacción: expresión que reconoció haberle agradado, y lo confirmó regalándole inmediatamente al Embajador dos esclavos Tabarquinos marido y mujer, y dos niños hijos de éstos: con este motivo gritó toda la tropa diciendo *Ala y barcá masidy*, y entonces hicieron lo mismo al manifestar su agradecimiento por el regalo de los cautivos.

Concluida la audiencia quiso el Emperador que a la retirada tocara la música, lo que se hizo con una marcha de Hobuefes, hasta salir del óvalo para volver al jardín.

Día 17 de Mayo.

Mandó el Emperador que inmediata a su tienda se armara la del Príncipe Hereditario que sólo se diferenciaban en ser un poco más chica, y de damasco verde con galones de plata, y correspondiente la bordadura a los pendoncillos (94).

Día 18 de Mayo.

Tuvo su audiencia el Embajador de Francia en el mismo paraje, y con las mismas ceremonias siendo el regalo que presentó al Emperador. Un ramo de diamantes de cinco hojas grandes con una flor que tenía once diamantes alrededor, y otra de mucha magnitud en el medio.

Tres candeleros grandes de plata de tres mecheros cada uno.

Una palangana de plata.

Doce piezas de tisú. Seis de damasco con flores de oro. Seis de terciopelo carmesí. Doce de paño fino de varios colores.

Un almorzadero de China. Una tehetera de lo mismo.

Un recado de café en una arquita de terciopelo con cantoneras de oro.

Una caja de doce platos de China matizados de verde, y oro, y doce platos grandes.

Un reloj de péndola, otro chico de repetición.

Un microscopio.

Una caja de varios anteojos de larga vista.

Una silla poltrona, forrada de damasco, y herrajes de plata.

Dos quitasoles de damasco, y galones de oro.

Dos pistolas y una escopeta llana.

Una caja grande de azúcar. Una de chocolate.

Un trono cuya disposición se expresara.

Regalo a Muley Dris.

Cinco piezas de tisú; seis de damasco; ocho de paño.

Un reloj de sobremesa. Uno de faltriquera con cuatro diamantes.

Treinta pilones de azúcar; veinte botes de té de libra y media.

Dos escopetas con abrazaderas de oro.

Un anillo de brillantes. Este día visitó el de España a Muley Dris llevándole su regalo en seis caballerías (95).

Días 20 y 21 de Mayo.

Se visitaron recíproca, y amistosamente los Embajadores de España, y Francia, y en los

Días 24 y 25 de Mayo

Comió el Embajador de España con el de Francia en su jardín, y el 26 el de Francia con el nuestro.

Este día pareció quererse esmerar el Emperador más que otro en las finezas, pues aunque en todos a más del gasto ordinario venían a cosa de la una platos de su cocina, hoy se atravesó este agasajo hasta más de las dos, llegando juntamente al tiempo de mudar el segundo cubierto; algo después envió quince huevos de avestruz; y cerca de los postres un plato de cerezas con un recado que por ser las primeras tenía S. M. I. el gusto de enviarlas a nuestro Embajador sin haberlas querido tocar, cuyas expresiones fueron

admiradas de todos con razón, y más cuando ya tarde vieron llegar a un criado que pidió el Emperador para que le hiciera chocolate a quien en un pañuelo nuevo pero muy ordinario hizo regalar 250 onzas que corresponden a 23 pesos fuertes, 8 reales y ocho maravedís de vellón.

Este mismo criado fué al día siguiente a enseñar el modo de hacerle, y el mismo Emperador se informó de cómo le tomaba nuestro Monarca, cuya imitación es su fuerte pues aunque le agrada la leche sin embargo de saber que se podía hacer con ella no quiso, solo porque preguntando de nuevo si su amigo el Rey Carlos lo tomaba así, casual, o improvisadamente respondió el criado que no; tómalo por fin sin ello sorbiendo la primera espuma hasta seis veces sin tocar el líquido sobre que se refrendaba la que de nuevo se batía, hasta que en la última lo consumió todo mojando pan, bizcochos que llevó el mismo criado, a quien este día regaló una buena alfombra (96).

Día 2 de Junio.

Envió el Emperador al Embajador nueve cautivos catalanes cogidos en la pesca del coral (97), uno de los mayores contrabandos de aquel país, y demás le regaló dos cajones de chocolate que le regalaron de Francia mandándole decir que aquel no le gustaba, y que le hiciese favor cuando viniese a España de enviarle por mano de los Padres de la Misión alguno de su gusto, y que fuera en corta cantidad para repetirla cuando se acabase, por lo que informó al Embajador del que más le agradaba.

Día 3 de Junio.

Despachado y despedido el Embajador de Francia salió para Safi donde le aguardaban las embarcaciones llevando 185 esclavos: 45 que quedaron en la función de Larache, y 140 cogidos en embarcaciones mercantes, y habiendo pagado por cada uno de los primeros a 200 pesos fuertes, y a 175, por cada uno de los segundos.

Día 7 de Junio.

Celebraron su tercera Pascua que llaman del Ahfor y la ayunan todos los moros por precepto, aunque el Emperador por sola devoción, teniendo a más la obligación de diezmar para obras pías el dinero que tengan, y los labradores la de dar a los pobres cada uno un almud de trigo, bien que suelen reducirlo a un pedazo de pan o a un puñado de pasas; pero como el Emperador ve que muy raro cumplen con esta obligación suele imponerles

otras gamarras, a más de los diezmos de granos que les cobra por sí o por sus Alcaydes en la citada Pascua.

Celebraron la de este día con fiestas, y regocijos; el Emperador salió al anochecer al mensual donde ya le esperaba la tropa; iba S. M. I. en una silla volante que de España le llevaron los Padres de la Misión, de la que tiraba una sola mula, y alrededor muchos pajecitos negros. Así llegó a una muy baja tienda de paño ordinario oscuro que tenía en otro campo y, acompañado de muchos de los principales de su corte, vió desde ella unos juegos artificiales que de su orden hizo un titiritero español, que allí vive voluntario, y se redujeron como a 150 voladores a cuya mayor parte se les perdía el trueno, y a un árbol, del tamaño, y al modo de una gran rueda coronada, como las que se disparan en España: pero este árbol voló todo al instante que le tocó el fuego, y un figurón de papel que tenía por adorno quedó convertido en llamas, rematando así la fiesta gritando todos: Ala Barca ma Sidy.

Concluída la pólvora llevaron de palacio la comida, con buen orden: delante de ella iba una cuadrilla de 12 máscaras, desnudos de medio cuerpo arriba, y media abajo vestidos de papel pintado de almagre, con mascarillas de lo mismo, y su música de sonajas, un gran pandero y tiplillo que tocaban ellos mismos.

El Emperador envió de esta comida tres platos que separó al Embajador, y todo lo sobrante lo mandó repartir entre la tropa, y demás gente, que se dividieron en ranchos, comiendo con grita y algazara, y el todo duró hasta las doce de la noche que se retiró el Emperador.

Día 9 de Junio.

Con motivo de faltar un cautivo canario, compañero de otro entregado ya al Embajador desde su llegada a Marruecos, sabiendo que un moro medio santón le ocultaba y quería venderle, mandó el Embajador buscarle, y saber el precio, pidió 100 ducados que se le prometieron, y añadiendo que también quería 15 codos de paño fino se le prometieron igualmente, pero volviendo cinco días después dijo que aunque tenía pronto al cristiano no podía pasar por el primer ajuste, y que lo que le habían de dar eran 200 ducados, una escopeta, un sable, una pistola y un ceñidor para la cabeza. Dijo el Embajador que el dinero y el paño se lo daría, pero que no tenía lo demás; replicó el moro muchas veces hasta que, conociendo la imposibilidad, se convino. Súpolo después Ahmet el Gacel, y dijo que nada se le entregase hasta que él tratase con el Emperador, porque nadie en todo el Imperio puede ni tener ni vender esclavos, sino el Soberano. Enterado de ello S. M. I. mandó al Alcayde Jamira que llevara al moro a su presencia, y preguntándole cómo tenía aquel esclavo; conociendo su delito lo atribuyó a la debilidad de su ca-

beza, pero el Emperador se la mandó curar poniéndolo en cadena, y que el cautivo se entregara al Embajador, mandándole estar pronto este día 9 (respecto de estar todo concluído), para darle la audiencia de despedida.

En efecto avisó por el mismo Embajador moro, a las cuatro, y a las seis salió el mío del mismo modo que la vez primera (98), llevando dos piezas de tisú, dos de damasco, y dos de terciopelo cubiertas con pañuelos de seda, por ser estilo que nadie hable al Emperador sin llevarle algún presente. Llevóse también un cajón con un cuadro adornado de talla en que están dibujados el navío de 70 cañones nombrado Princesa, según su adorno cuando fué Ahmet el Gacel a verle en la bahía de Cádiz; los Javeques, Garzota, y Cuerbo de S. M., así como el de San Josef Marchante, en que se hizo el viaje a la rada de Tetuán. Llegando el Embajador con iguales ceremonias le preguntó el Emperador si había logrado cuanto trajo en su pecho, y si algo faltaba se lo declarase a Ahmet el Gacel para que todo le fuera concedido.

Manifestó el Embajador su reconocimiento a tantas honras dando por ellas en nombre del Rey su amo las debidas gracias al Emperador, quien reparando en el cajón preguntó si contenía algún retrato del Rey Carlos su amigo; respondióse que no, y el Emperador dijo que había creído lo fuese, por la semejanza que en el tamaño tenía a uno de Felipe V, que vió en el Palacio de su abuelo Muley Ismael: con cuyo motivo preguntó al instante qué parentesco tenía su amigo el Rey Carlos con Felipe V porque le había sido muy afecto, y tenido por el mejor Rey de Europa: tuvo mucha satisfacción y complacencia, cuando el Embajador le dijo que el Rey Carlos su amo era hijo legítimo del Señor Felipe V, y con esto pidió el cuadro, y fijando su atención en los Javeques y en las maniobras, dijo que en Larache tenía una fragata parecida al Garzota, y que la construcción del Cuerbo, y de San Josef no era tan propia para aquellos mares. Propuso, y a su modo explicó, otras cosas de construcción, de maniobras, y de navegación preguntando también si había en la comitiva algún piloto; a que respondió el Embajador que en la Marina del Rey de España todos sus oficiales aprendían el pilotaje (99). Mostróse S. M. I. sumamente complacido de todo, acreditándolo en las nuevas especies que pareció buscaba de intento para alargar la plática, pasando inmediatamente a tratar de los puntos de longitud, y latitud en que conoció estar algo impuesto, aseverando la facilidad de éste, y dificultad de aquél.

Después presentó el Embajador al Secretario de Embajada Don Tomás Bremond, destinado para Cónsul general; y preguntando el Emperador que dónde resolvería dejarle, (dijo:) celebro saber que en Larache (100), y aseguró podía labrar allí una buena casa.

Manifestó también el Embajador la obligación en que se hallaba de recomendar a Ahmet el Gacel, por lo gustoso que nuestro Monarca había quedado de su conducta, y por el grande esmero con que le había cuidado el mismo Embajador: a que el Emperador respondió que le estimaba de modo que sólo para enviarle a España le habría separado de su lado. Correspondió el Embajador con los debidos agradecimientos, y el Gacel acreditó su rendimiento, hincándose de rodillas, y besando la tierra, y la tropa gritó Alá y Barcama Sidy.

Enterado ya de que el Embajador gustaría de ir a Mogodor (101) a esperar allí la embarcación que había de conducirle, dijo que si determinaba pasar a aquel puerto, daría orden para que allí le previniesen una buena casa en que podría estar cómodo, y más reparado de los excesivos calores de aquel clima. Admitió el Embajador la oferta y, dando por ella muchas gracias, se ofreció al servicio del Emperador, asegurándole que aunque ausente, le contara en el número de sus criados: expresión que agradeció mucho el Emperador, y despidiendo al Embajador, mandó a Ahmet el Gacel que le llevara a divertir la tarde, y así se concluyó la audiencia, como en la otra que siguiera, tocando la música, como se hizo hasta salir del óvalo.

Antes de entrar en el jardín, llegó un Alcayde con dos avestruces pequeñas de regalo de parte del Emperador, y a poco rato otro recado al Gacel para que al Embajador le enseñase cuanto en el Jardín había, y visto nos retiramos, cerca ya de la noche, al de nuestro alojamiento.

Día 11 de Junio.

Aunque ningún Embajador ha visto a Muley Mamon, como ya Sidy Ahmet el Gacel se lo había advertido al nuestro, noticioso después por el mismo que este Príncipe deseaba que le viera, determinó hacerlo este día llevándole una pieza de damasco verde, y otra de Holanda fina; luego que este Príncipe supo que el Embajador había llegado, bajó con algún acompañamiento a un patio de su alcazaba donde, después de algunos cumplimientos, admitió el regalo preguntando que quién quedaba de Cónsul, y el Embajador se le presentó, despidiéndose luego.

Día 12 de Junio.

Enterado nuestro Embajador que el día 15 ó 16 estarían prontas las mulas, y camellos para marchar a Mogodor, determinó despedirse de Muley Dris este día como lo hizo, y el

Día 13

Trajeron cautivos de Arifa así como otros doce pasados que todos habían venido de Mequínez, preparados las cosas del viaje en los días 14, 15 y el 16.

Regaló el Emperador al Embajador siete pieles de león, y dos de tigre, así como la alfombra, los tapetes, la duquesa, y el candelero que estaban en la tienda, determinando que la salida para Mogodor fuese al día siguiente.

Marruecos, primera Corte de sus Emperadores, se halla a los 35 ó 36 grados de latitud septentrional, situada en su espacioso valle de casi siete leguas, entre las sierras montuosas nombradas Atlas el mayor, que corren este oeste a la parte del mediodía, y otras sierras menores que casi circundan hacia el Norte. Las montañas Atlánticas son casi inaccesibles, por su mucha altura, quiebras y derrumbaderos, llenas todo el año de nieve que no aprovechan ni aun para el Emperador, sin embargo del excesivo calor que sufren. Atraviesa esta vega el Río Tamfin, ya nombrado, de mediano caudal con cuyas aguas, y las demás, que por otras partes bajan de la sierra, que son muy buenas, aunque para beber no tanto como las del acueducto subterráneo, podría estar delicioso su campo porque también el terreno es admirable; pero séase porque en muchos años ha sido allí el teatro de la guerra en que se ha disputado la Corona, o por la mucha desidia de sus naturales, cuando todo podía ser un frondoso y dilatado jardín, sólo se advierten dentro, Zadas, huertas que únicamente conservan palmas, y algunas tales cuales arboledas y frutales.

La Ciudad se ve no menos aniquilada, y aunque sus ruinas manifiestan que fué grande, tampoco se reconoce por ellas que haya tenido algún edificio suntuoso, porque los principales, que son las chemas, con poca diferencia son aquí como las de Tetuán; sólo tiene por más particularidad la torre de una de ellas, porque se parece a nuestra Giralda de Sevilla, y aun se dice ser obra del mismo artífice.

Hay tres palacios que no merecen tenerse por tales, pues se reducen a unos grandes cercados de muralla de tapia dura, que incluyen algunos desaliñados jardines de arboledas y frutales, con algunos cenadores, o copas como ya se ha dicho, y aun la de la habitación de las mujeres, que no es mayor que una casa mediana de las nuestras; con la particularidad una de ellas de tener seis balcones repartidos entre altos de dos en dos, con su mirador cubierto de un chapitelito de pizarra, y es al que se dijo pasó el Emperador a tiempo de la entrada.

Fuera de este palacio, hacia la parte del Mensual, y cerca del estanque de agua, está la excavación o lago de los leones donde al presente tienen tres muy grandes.

Nada hay en todo el Imperio más particular que el Gobierno, pues el Emperador es dueño de vidas y haciendas, en tanto grado que no hay vasallo que no tema perder la primera al menor desliz, y aún con poca averiguación, y la segunda por sola la voluntad del Soberano, que lo manda todo, y con tal economía, que hasta la comida de las mujeres reparte por su mano.

No hay quien corra con dependencia señalada, ni aun sus mismos secretarios, porque las órdenes las anuncia indiferentemente, ya por medio de éstos o por el de sus camareros o mayordomos, y a veces aun por los mismos soldados, y los primeros son secretarios únicamente porque escriben las cartas, que se despachan sin más firma que el sello Real, cuya práctica se extiende para los tratados de paz (102).

No hay tampoco contadurías ni tesorerías, porque el Emperador arrienda sus aduanas (103), y el arrendador entrega el dinero al mismo Soberano, quien con su mano lo guarda sin que nadie sepa dónde, y si de alguien se vale es de algún cautivo cristiano solamente: Cuya confianza le expone mayor peligro, si de él concibe el más leve recelo. Cuando quiere tenerlas por administración las entrega a sujeto de confianza, y éste nunca la tiene de su vida por el riesgo que corre de perderla si presume que se pudo aprovechar. Los gobernadores cobran los pequeños impuestos con la obligación de dar anualmente al Emperador un tanto ya asignado.

En las audiencias diarias que da el Emperador suele ejecutar por su mano las justicias, o manda se haga en su presencia, a menos que no remita su decisión a los Cadis, como a principales Ministros de la Ley, y jueces de lo Civil.

Los principales hijos del Emperador se ocupan en los mejores Gobiernos, y se reputan sin diferencia por tales hijos del Emperador, así los habidos en las cuatro Reinas principales, de las cuales una es la Sultana favorita, como los tenidos en cualquiera de las cincuenta concubinas, y todos aspiran a la Corona porque no es Emperador sino aquel quien la tropa elige por ser la que sujeta el Reino, y siempre se inclinan al que consideran con más caudal, para que la mantenga mejor, supuesta la elección en cherife.

Al presente están divididas las opiniones entre el Príncipe hereditario Muley Aly, que gobierna a Fez, y el segundo Muley Mamon, Gobernador de Marruecos, porque a éste favorece el Emperador; pero la tropa al primero, porque el genio amable de éste gana las voluntades hasta de los cristianos, a quienes regularmente estima todo lo que son, al revés de Muley Mamon que es de un genio fuerte, y nada benigno.

Muley Dris, primo del Emperador, tiene también su partido, porque habiéndose mezclado en muchas negociaciones, por la confianza que antes hizo de él el Emperador, adquirió mucho caudal; aunque ya no es tanta su acep-

tación, desde que supo el Emperador que cuando padeció su última enfermedad ponía sus miras para alzarse con el Reino; bien es verdad que, aunque dicen se recata de él, no le trata con desagrado, ni le separa de su lado: es sumamente cruel, y ambicioso, y nada le satisface sino es el dinero efectivo.

De esta causa nacen las grandes crueldades y tiranías que se han visto entre padres, hijos, y hermanos, todos por la ambición de medrar, pues aunque la era presente sea la más pacífica de cuantas se tiene memoria, particularmente desde que este Emperador pudo separar o hacer morir a un tío suyo que conspiraba con casi igual poder: su padre Muley Abdala, experimentó bien esta división, y contrariedad pues llegaron a desentronizarle seis veces, hasta que por último vencieron los negros que le seguían quedando desde entonces en pacífica posesión. Los partidos habían llegado antes a tal punto, que un solo día se vieron proclamados cuatro distintos Emperadores, a vista unos de otros, administrando justicia cada uno, y haciéndose todos la guerra.

Entre los errores de estas gentes ninguno parece tan ridículo como el de suponer por descendientes del Profeta a los Emperadores, con tales subdelegaciones de su poder que les consideran con facultad de condenar, salvar, y aun de santificar a su arbitrio, error que les hace intrépidos, creyendo que perder en su servicio la vida sea el camino más fácil y seguro de ganar la eternidad: y esto les haría formidables en la guerra si supieran manejar diestramente las armas, y tuvieran buena disciplina militar. Bien es verdad que la población de todo el país no es tan excesiva como hasta aquí se ha creído, lo que se comprueba del corto número de lugares, pues aunque se diga que los más viven en aduares, tampoco éstos son tan numerosos, y lo acredita que aun en la provincia de Duquela que pasa por la más rica, y poblada, apenas cuando pasamos pudieron juntar 10.000 hombres siendo así que todo el que puede manejar un caballo se presenta con él, y con solas armas el que no lo tiene, como si todos fuesen tropa, cuando en realidad no son más que una especie de milicia sin disciplina, ni obediencia, por cuyas razones cualquiera de sus plazas de armas que se reducen a Tetuán, Tánger, Larache, Sale, Mogodor y Santa Cruz podría tomarse de un golpe de mano con 60 hombres que pudieran desembarcar en las inmediaciones de las baterías, que por el mal estado de sus fortalezas han tenido precisión de formar sobre las playas, que perderían inmediatamente tomándolas por la espalda sin temor de algún pronto socorro, pues el mayor que en cuatro días podría acudir sería lo más 6.000 hombres.

Divídese aquel Imperio en el reino de Fez, en los principados de Algarbe y Tafilete, y en las siete provincias principales de Heasus Gesula (que otros

nombran Benfansen), Duquela, Escura, Tesla y la de Marruecos, cuyas costumbres son las mismas.

Día 17 de Junio.

Salió de Marruecos a las cinco de la tarde el Embajador español (104) con los cautivos y pasados, acompañado de Sidi Ahmet el Gacel, y escoltado de soldados de Caballería mandados por el Alcayde Mamon, y cuando ya el Embajador estaba algo apartado de las murallas, salió Muley Dris con algún acompañamiento, a despedirle; en su compañía salió como media legua desde donde se volvió; el Embajador siguió su marcha dos leguas de camino, hasta un sitio del Emperador nombrado Acofet, en el que hay unos olivos tan altos y frondosos que parecen corpulentos nogales.

Día 18.

A las ocho y media se salió de Acofet; a una legua se pasó el río Bofa; y después de haber andado otra, vadeamos la recia corriente de él en Laña, donde es bastante caudaloso, y con violencia baja de la gran montaña atlántica por entre otras más pequeñas, llegando a acampar, después de haber caminado cinco leguas, a las cercanías de un Soco o mercado que está enfrente de la alcazaba de Echídeda; se reduce a unas paredes con algunas separaciones para tiendas en los tiempos de feria, y unas como barracas, abiertas de ambos lados, y sólo cubiertas de espinos.

Días 19 y 20 de Junio.

En el primero se caminaron 7 leguas, y nueve en el segundo, habiendo encontrado en éste las ruinas, que por tradición dicen fué el antiguo Marruecos. Todo este terreno es montañoso, y lleno de piedras, y abunda de unos árboles que no hay en España, y ellos llaman cedras. Son en general chicos, con muchas raíces, y ramas del pie, sin figurar tronco formal, aunque algunos son altos y de mediana copa; su fruto es como una avellana encarnada algo dulce, y llaman enebec; cuya pepita es grande, la hoja chica, de figura ovalada, y de un verde subido, y lustroso de la parte superior con tres nervios bien distinguidos que salen de una hacia otra punta, y da flor y fruto al mismo tiempo.

Día 21 de Junio.

A una legua de camino se hallaron otra especie de árboles muy espinosos que llaman Argam. Cuyas raíces se extienden sobre la tierra como las de los

otros arriba, y sus ramas aunque mayores y más coposas, crecen y salen también desde la superficie sin figurar tronco: su descripción fuera curiosa, pero por abreviar se dirá solamente que este árbol, aseguran que conserva todo el año flor, y fruto, y éste, aunque algo mejor, es de la figura de nuestras aceitunas sevillanas, con una especie de corteza sobre el hueso como la que tiene la nuez verde sobre su cáscara, y la come el ganado cuando por Agosto se cae el fruto; después recogen los moros el hueso del que sacan una especie de almendra, que tuestan, muelen, y amasan con agua hasta dejarla en consistencia de poleada, luego la ponen en espuertas, y éstas entre piedras como en prensa, hasta que destile el agua que recibió su propio zumo que es el aceite, el que con facilidad recogen por quedar encima, y la masa que queda la dan al ganado, y dicen le sirve de un gran nutrimiento, y así cuentan de este árbol con tres frutos, y el aceite abundante, y bastante razonable aunque un poco amargo, y en toda esta comarca no tienen otro para comer. Este árbol no se planta, y naturalmente le producen aquellas montañas con suma abundancia.

Caminóse cinco leguas hasta acampar cerca de la Alcazaba de Bel-la cuyo Bajá manda en Mogodor, y había ido allí a prevenir el recibimiento, dejando en ella a un hermano suyo, que vino a cumplimentar al Embajador, y trajo de regalo un buey, y cuatro carneros, veinte gallinas y una onza de manteca, dando cebada para todos los caballos.

Día 22 de Junio.

Salióse de este campo a las siete acompañados del hermano del Bajá y cuarenta soldados, caminando más de cuatro leguas por montañas de menuda arena que cada día pueden cambiar de figura, y aun de situación según la violencia de aire que las mudan, y es tanta la multitud de meganos que hacen casi intransitable este camino sin práctico que le enseñe teniendo en esta ocasión dos moros que sirven de guía.

Adelantáronse como media legua a recibir al Embajador, el Cónsul de Dinamarca, y los demás negociantes establecidos en Mogodor: Al llegar a las cercanías de la Ciudad desde un alto que dominaba a un espacioso llano hacia la parte del puerto, vimos como 2.000 hombres, entre Caballería, e Infantería, formados en ala: los montañeses de aquellas inmediaciones, y 150 negros, soldados del Emperador vestidos uniformemente de encarnado, ocupaban la izquierda, así como la derecha el Bajá con algunos Alcaydes, y otras personas de la primera distinción a caballo, que se adelantaron a cumplimentar al Embajador, apartándose luego a hacer sus escaramuzas, después de que la tropa, y montañeses hicieron tres descargas generales, y de que los castillos, las baterías de la plaza y todas las de la Isla saludaron con más

de 100 cañonazos: Acabadas las escaramuzas empezo la tropa y montañeses de a pie a mezclarse con grita y algazara, jugando las escopetas que con bastante agilidad y destreza las hacían dar horizontalmente muchas vueltas, ya en torno de una mano, ya de otra, y arrojándolas al aire después de disparadas, y dando cada uno sin lastimarse una vuelta de pasos sobre su propio sitio para recibirlas, haciendo el todo una vistosa y agradable confusión.

Concluída esta función descendió el Embajador al llano, y acompañados con incomodidad de tanto concurso, se entró en la Ciudad, y le alojaron en una de sus mejores casas.

Aunque esta Ciudad, situada en 31, 26 grados de latitud septentrional, pasa vulgarmente con la denominación de Mogodor, no es ésta la que la dan los moros, sino Suera, cuyo nombre toma de un pequeño castillo antiguo, de portugueses, ya arruinado, pero reedificado y aumentado después por el presente Emperador, sin que para llamarle Mogodor ha sido más fundamento que el de traducir así los extranjeros el nombre de Sidy Mogodur, un célebre santón de los moros, cuyo santuario o entierro existe aún como a una milla de la misma Ciudad de Suera.

Era ésta tan moderna que apenas haría dos años que principió, y aunque pequeña la más regular y bonita de los moros. Lo único que costea el Emperador son las murallas que hacen de tapia, como todas. En su corto recinto no se fabrica más que la Chema, el Fondac o Aduana, las casas del Talbe y Alcaydes así como las de los cónsules, y negociantes extranjeros, igualmente que las de los judíos, repartiendo el todo en muy pocas calles, y en dos Socos, o plazas de mercados, porque la idea del Emperador es que el derecho de éstos, y sus efectos puedan ser defendidos con poca tropa, quedando fuera de sus muros el demás pueblo que hasta ahora viven en chozas, y también los renegados, recibiendo éstos del soberano cinco ducados morunos para que haga la casa cada uno, que ya han empezado a fabricar, de barro y canto, muy reducidas, y cerca del muro, pero sin que puedan ocuparse en su propio trabajo hasta dar de mano al del Soberano en que cada obrero gana un blanquillo, o cinco cuartos. Cesa el trabajo al Assar que es a las cuatro de la tarde.

La Ciudad tiene tres puertas una al N. O. y es donde extramuros vive el pueblo, y los renegados, otra al E. hacia la tierra, y otra al S. mirando al puerto.

A la del O. o lado del mar, sobre cuyas rocas está fabricada aquella porción de muralla, no hay puerta alguna. En esta parte interior construyen siete almacenes, cuyo techo común dicen lo harán en explanada para colocar una batería de cañones.

La grande Isla, a cuyo abrigo se forma el puerto, pudiéndose entrar o

salir por uno y otro lado de ella, tiene de largo 700tas brazadas ó 7 octavos de milla, y dista de la Ciudad como un cuarto de legua; tiene ocho baterías repartidas en diferentes puestos, o sitios por toda ella, unas de nueve cañones, y otras de ocho, y algunas de seis, siendo el número total de ellos 64, aunque de poco calibre excepto tres, que son de a 18, pero sin más que haber horizontado el terreno, y poner unos cestones por merlones.

El castillo de Suera está en tierra firme, entre la Ciudad y la Isla, dominando esta entrada del puerto con cuatro cañones.

A lo más interior de este castillo tienen, sobre la playa, mirando al puerto, una batería de trece cañones de a 18, y a su espalda, entre ésta y la Ciudad, tres almacenes para guardar sus utensilios.

De este castillo de Suera, y como unidos a la costa de la Ciudad, salen al mar algunas rocas, formando varios isloticos: en el mayor, que hace punta con Suera a esta entrada del puerto, hay otro castillo con siete cañones, hecho por un maestro que llevaron de Gibraltar, pero de tan débil construcción que un golpe de mar le desbarató un lienzo.

Rebasado el castillo de la punta, y el más interior nombrado Sucra, cerca de éste, entre él y la batería de la playa, hay un sitio, en el que con el favor de la marea pueden entrar los botes, o falugas para embarcar, o desembarcar.

La aguada es preciso hacerla del Río Suera, distante media legua al Sur de la Ciudad, que desemboca en el puerto, cerca ya de la otra salida: su barra suele cerrarse con la marea, según los vientos, quedando así 4, 6 ú 8 días hasta que la misma corriente vuelve a subirla: y para defenderla hay una batería de cuatro cañones, sin otra explanada que unas tablas, ni más merlones que estacas.

En los tres meses de invierno reina en esta Corte el viento Sur, y el Norte, y sus inmediatos en todo lo demás del año: Lo que haría intransitable a este puerto a no tener el alivio de las dos salidas; pero tampoco pueden entrar en él por falta de agua, sino fragatas de 22 hasta 30 cañones, siendo preciso que los navíos, o se mantengan capeando fuera, o si han de dar fondo que no sea a menos distancia que a una milla de los castillos, poniéndose S. O. con ellos, y aun con ser allí el único fondeadero, padecerá con las continuas y grandes arfadas.

Aunque en Marruecos quisieron renegar cuatro de nuestros pasados, nada se dijo allí de este suceso, porque aunque se refugiaron en casa de Muley Dris, y en su presencia y la del talbe ratificaron su intento, hasta cantar uno la coplilla, que se reduce a decir, que creen en Dios y en Mahoma su Profeta, y ser éste entre los moros un testimonio casi inviolable de haber abrazado su religión; quedó sin efecto el atentado por respeto de la Embajada, y se

logró la nunca usada fineza de que entregasen los reos al Embajador. Pero continuando uno de ellos su maldad se entró en la Chema de Suera, donde no aprovechándose iguales diligencias ejecutadas aquí con conocido riesgo, renegó por fin con dolor nuestro, y regocijo de los moros que luego le sacaron de la chema, y como en triunfo le llevaron a caballo, mañana y tarde, con continuas aclamaciones, y escopetazos, estruendo que también duró la mayor parte de la noche en celebridad de su circuncisión, como principal misterio de su Ley que corresponde a nuestro bautismo.

En el tiempo que se mantuvo en Suera el Embajador no faltaron ocasiones de disgusto: uno, y no el menor entre muchos, fué el de hallarnos la mañana del día 21 de Junio sin el navío Triunfante que había llegado por nosotros la tarde del 19 y dió fondo cerca de una legua apartado de la Isla, donde se le enviaron los prácticos moros, saludando y correspondiendo con 17 cañonazos.

El Capitán Don Antonio Arce, acabadas las principales funciones del fondeo, envió a tierra en el bote al Teniente Don Vicente Doz, y en su compañía el Cónsul y a su mujer que con los prácticos había ido a recibirla, con tal dicha que una hora después no habrían podido ejecutarlo, pues ni aun el Teniente pudo volver a bordo por haber refrescado el viento, y engrosarse la mar que obligaron al día siguiente a arrimar los masteleros. En la noche del día 20 cargó demasiado el viento, y recelando con razón el Capitán el peligro de una costa brava, leyó entre 8 y 9, picando el clave, y dejando a la boya el sereni amarrado, a fin de que por ello reconociéramos se había hecho a la vela; mas por desgracia ya no estaba allí; al amanecer del día 21 salimos cuidadosos a las rocas. Al anochecer del día 23 llegaron unos moros que traían algo lastimado el tablero de las armas del sereni, cuyo no esperado fragmento quebró el corazón de todos, hasta que acudiendo el intérprete por su relación se pudo inferir la realidad de lo sucedido, y fué que algún golpe de mar hizo dar al sereni tal estrechón que rompiese la amarra, y quedando libre uno y otro embate, le arrojasen a la costa y paraje, en que los moros le hallaron, como efectivamente había sucedido.

La mañana siguiente dispuso el Embajador que con los mismos moros, nuestro patrón y marineros del bote fuesen Don Gonzalo de Cañas, Don Vicente Doz, y el intérprete a reconocer el sereni, que hallaron como tres leguas del Sur casi enterrado en la arena con tanta particularidad como que siendo preciso que allí le hubiese arrojado la mar por encima de varios arrecifes de rocas, estuviesen sin más daño que el de tener roto un rumbo, y aventadas las estopas del forro, lo que se compuso el día 25, y entre el 26 y 27 se trajo por mar.

Entre las cuatro Pascuas que los moros tienen cada año, la tercera, que

vulgarmente llaman del camello, la celebran el día 8 de Agosto, y la estableció Mahoma en memoria del júbilo que tuvo de haber hallado uno que perdió siendo arriero de tales animales: para hacer más plausible esta función acostumbran juntarse en las cabilas principales o en los pueblos cercanos para hacer más numerosas escaramuzas. De las montañas de Canula, llamada de los brebes, que es una especie de gentes lo más del tiempo levantada, vinieron a Suera al parecer más de 4.000 hombres, quienes, ya desde la mañana, empezaron su celebridad unos corriendo y disparando en pequeñas partidas a caballo, y otros tocando sus panderetas y bailando, pero la gran función se reserva para la tarde, y para verla convidaron al Embajador. Entre tanto Don Gonzalo de Cañas, y Don Vicente Doz salieron hacia la playa después de comer, y como los soldados negros del Emperador estuviesen bailando en sus barracas, y a cosa de las tres entrase en una un montañés a quien un negro tiró un canto y el montañés le correspondió con otro, sin más motivo empezó una quimera que pasó a reñido motín, cuyo estruendo de grita, carreas y fusilazos a nosotros nos sirvió de dispertador, y a los Alcaydes de aviso para salir a apaciguar la gente, siendo el de los negros el que más valor acreditó, hiriendo y atropellando a muchos de los Brebes; éstos intentaron ocupar las puertas de la Ciudad, igualmente que la muralla por la parte no acabada del mar; pero fueron rechazados por los negros y demás del pueblo, en cuyo partido entraban los renegados, que como encargados de la Artillería acudieron a ocuparla, y defenderla, obligando así a retirar a los montañeses después de una hora de reñidos ataques en que hubo muchos heridos, y entre ellos un Cherife a quien de un balazo rompieron el hueso de la pierna derecha. Algunos montañeses quedaron presos, y de todo se dió pronto aviso al Emperador, que ya había salido de Marruecos a castigar la cabila de Benifasen; cuyo Bajá hallamos refugiado en Sale.

Más eran ya de las cinco cuando volvieron Don Gonzalo de Cañas y Don Vicente Doz, cuya suerte quiso se hallaran unidos con los marineros del bote aunque apartados de la Ciudad, adonde no pudieron retirarse por haberse extendido el empeño con rapidez, pero vistos por algunos soldados del Emperador los condujeron prontamente al castillo Suera, entregándoles dos cañones para defenderse de los Brebes en el caso de que éstos intentasen forzarle.

A las cinco y media llegó el Embajador moro con algún acompañamiento para asegurar al nuestro de cualquier cuidado, y llevarse al cirujano Don Francisco Canibel y al sangrador para socorrer los heridos más principales y de cuidado, particularmente al Cherife, que acomodaron a la parte interior de la muralla en un hueco como cuento tan reducido, que después del cañizo que le sirvió de cama apenas de pie cabían tres personas, sin más luz que la

de la puerta, ni más ropa que un taique de afortunado sucesor de Mahoma. De esta miseria ninguno se corre; pero que mucho sí comúnmente burlan nuestro aseo llamándole fantasía, y aun nos compadecen por él, diciendo que no convienen las comodidades de esta vida para lograr la felicidad en la eterna: Doctrina con que Mahoma sugerido de Sergio procuró embelesarlos, como con otras no menos ridículas ignorancias, para mantenerlos en mayor esclavitud.

Con esta ocasión no parece fuera de propósito decir algo del método curativo de los moros, para desvanecer la oponión con que vulgarmente está acreditada su medicina, pues esta facultad, tan necesaria a la conservación del cuerpo humano, se ve tan abolida de aquellas gentes, que aunque Mr. de la Motrie dice que hubo en Marruecos escuela en que el Emperador mantenía estudios y estudiantes, hoy ni aun señal se conoce de los medios que pudieron contribuir, pues los que regularmente resuelven son los Talbes de la Ley, y aunque hay además quienes también hacen de curanderos, ni unos ni otros tienen más principio que su antojo, o una simple infundada práctica tradictoria, y muchas veces bárbara.

El famoso médico del Emperador, llamado Ahmet Abdarrac, visitó algunas veces en Marruecos a nuestro Embajador, y procurando con este motivo su amistad nuestro cirujano, a fin de informarse de todo, le dijo Abdarrac que ningún estudio hacían de anatomía, ni de botánica, pero que seguían a Galeno (a quien llaman Latela), a Hipócrates, y Avicena, cuyas obras tienen manuscritas en arábigo, y éste es el único estudio de los más acreditados. *Fiebres.* Acostumbran curarlas sangrando, y dando atemperantes en que también usan la agua destilada de Borrafa, y con exceso la rosada con que se lavan las manos y cabeza; en las calenturas intermitentes usan la quina, y baños de agua caliente, y al principio de las que padecen por peste dan algún vomitivo y continúan los ácidos.

Galicó. No pudo saberse el modo que tengan de curarle, porque sólo se dijo que el mercurio de los europeos le tenían por remedio exquisito sin dar otra razón; pero que fué por ignorarlas, se infirió de que volviendo otro día pidiendo algún remedio para Muley Mamon que le padecía, y tenía algunas úlceras en la garganta, aun con haberle manifestado la caja de medicina, no supo determinarle insistiendo solamente en que se le diera algo con que tocar y curar las llagas. Diósele por fin el extracto de saturno, advirtiéndole de su uso, y acordándole otras advertencias que ya se le habían hecho, pero él entendió poco y se fué contento.

Heridas. Cuando el Emperador manda cortar pie o mano, después de separados hace poner el muñón en un perol de aceite, manteca o brea derretido hirviendo para contener la sangre; en las heridas se sirven principal-

mente de aceite hirviendo, y en las sucesivas curaciones ya de hilas, o ya de junco quemado en polvos. Toda herida hecha por instrumento la llenan de pólvora, o tabaco de polvo, y a la úlcera que resulta aplican indiferentemente la yerba que hallan más a mano, ya en emplasto, o ya en hojas, y cuando más alguna lana mojada con alquitrán, o llenan la úlcera con polvos gruesamente molidos de merjuí incienso o almastiga.

Fracturas. Para curarlas toman el polvo de una yerba que llaman gemea, y otra parte igual de harina fina, que mezclan con clara de huevo, y hecho emplasto lo extienden en un lienzo que alrededor de la fractura aplican; sobre este mismo lienzo aplican después lana humedecida con aceite y alrededor de la parte, encima de todo, ponen unas tablitas o cañas, sujetas por cintas. Hecha ya la reunión del hueso quitan todo lo demás, y luego en toda la circunferencia de la fractura, según la longitud del miembro, dan ligeras sajas con un cuchillo hecho ascua, porque creen que esto fortifica y quita el humor detenido, estas sajaduras con cuchillos las hacen los moros tan ordinariamente y con tan poca distinción de edades y causas, como que nuestro mismo Canibel vió morir en Marruecos a un hijo de Muley Dris, al que por leve motivo, y sin más que un año sajaron de pies a cabeza, y al otro día expiró.

Quemaduras. Con toda especie de quemaduras aplican indiferentemente la clema de leche.

Tumores. A cualquiera de éstos aplican la cebolla común frita con manteca, y también las malvas cocidas.

Diarreas y desenterías. Estas enfermedades son epidémicas en aquel país, y en ellas dan a beber en agua los polvos de Balaustrias, cochinilla y albayalde, sin otra preparación.

Partos y menstruos. Si lo primero es trabajoso, o si después falta lo segundo, dan los polvos de la almastiga.

Dolores. Para toda clase de dolores, sean en el paraje que fueren, aplican una ventosa con un puchero de la cabida de tres cuellos, que quitan agarrándole del fondo y separándose con toda violencia todo lo que ocupó la ventosa.

Sangrías. Estas son siempre del brazo, y en cualquier tiempo, especialmente en el de primavera; suelen hacerse por mano de algunos moros, pero generalmente son los judíos quienes más ejercitan este ministerio. Lo gracioso es que cuando se sangra algún moro principal, sangran también a los criados y criadas que tengan, porque con ellos suponen ayudarle a pasar el mal; así le sucedió al cirujano de la misión con Muley Mamon, que por haberle sangrado estuvo después por más de tres horas sangrando, a todos sus criados, y aun a otras personas que a la sazón se hallaban presentes. Pero

aún es más particular el que tomando este Príncipe otra lanceta sangró con ella a los que le pareció, y éstos lo tuvieron a especial favor, pero uno quedó manco; lo mismo le sucedió en otra ocasión con Muley Dris excepto no haber hecho éste sangría alguna por su mano.

Purgantes. Este uso hay muy pocos que le conocen, aun los más principales, lo único que dan es el bejuquillo, talapa, sen, jartaro emético, y ruibando, pero indiferentemente en cualquier efecto, y sin precaución de la causa, y esto mismo sucede con la triaca, y la quina.

Muley Dris pidió a nuestro cirujano una tisana que le llevó con un criado, y la bebió en su presencia para darle a conocer su valor y confianza, porque todos en general desconfían de los cristianos, y en tales casos les hacen probar antes la medicina.

Vomitivos. Lo único que llegan a dar los más hábiles es el vino emético preparado con hígado en sustancia, reducido a polvos, que en general lo ordinario unas veces no es otra cosa que gran porción de manteca derretida, y otras en la lumbre común desleído en agua.

El mismo médico del Emperador, pocos días después que llegó el extracto de saturno para las úlceras, volvió pidiendo un vomitivo de pronto efecto, y diciéndole que según las indicaciones se daba una u otra especie, porque había varias que lo producían igualmente, respondió que le diera el más experimentado de la brevedad, y así se le dió la dosis correspondiente del tártaro emético que ni aun conoció, y sin duda hizo experiencia con alguno porque al día siguiente empeñó al Embajador moro para que del mismo se le diese mayor cantidad. Diósele en efecto, como también alguna triaca, y bálsamo católico ofreciéndole de cuanto había, pero nada admitió más que un poco de emplasto de aquilón gomado para los diviesos; esto casi es una prueba de su poco conocimiento, pudiéndose del todo inferir a vista de lo principal qué sujetos sean los subalternos, y acreditan el dictamen de los que aseguran que lo poco que saben del arte de curar lo deben a los europeos esclavos, y a los Padres de la Misión, advirtiendo que a todo cautivo o religioso le creen médico o cirujano.

Química. Sus operaciones sólo se extienden a destilar algunas aguas como de rosa, borraja, etc., y hacen algunos aceites infusos con yerbas como camanila, azucenas, y de escorpión, cuyos animales allí tan malignos que sus picaduras han ocasionado muchas muertes. Ya en estos últimos tiempos se ha introducido por los cristianos algún método curativo contra esos ponzoñosos animalejos, como la ligadura en la parte superior, escarificar o sajar la parte y aplicar algún estimulante como el ajo machacado, o su mismo aceite preparado con la infusión, pero su ignorancia es tanta que nuestro mismo cirujano ha sido testigo de varios sucesos funestos por hacer la ligadura tan

fuerte impidiendo el círculo de la sangre; se siguieron los accidentes irremediables de semejantes casos.

Día 10 de Agosto

Habiendo dejado ver en este día nuestro navío Triunfante (105), se condujeron a la playa todos los equipajes, que se embarcaron la mañana siguiente del

Día 11.

Quedando todo a bordo a las siete y media de la mañana (106). Nuestro Embajador se despidió en la playa del Embajador moro Sidy Ahmet el Gacel (107), y de su comitiva, así como de el Alcayde, y demás personas de la primera distinción, y al separarse de tierra nuestro Embajador en el bote le saludaron con la salva de 15 cañones. A las 11 y media se hizo el navío a la vela, y aunque los vientos por el N. y N. E. eran recios, tenaces y contrarios (108), llegamos a Cádiz con felicidad el día 27 del mismo mes, y pasados los oficios regulares de sanidad, el 1 salimos a tierra en la que todos dimos infinitas gracias al Todopoderoso por la felicidad de nuestro viaje (109).

FINIS CORONAT OPUS

(1) Abandonada por los moros, ocupada y fortificada por el Duque de Medina Sidonia el 17 de Noviembre de 1497.

(2) Como es sabido, en nombre del Cardenal Cisneros. Sobre estas plazas que conquistábamos a los moros comenzaron entonces las frecuentes y feroces acometidas que duraron casi tres siglos.

(3) Se estipuló entonces una tregua en la lucha, rota por don Luis de Fajardo, que conquistó en 1614 el puerto de Mahámora o Mehdía.

(4) Hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio, medio hermano, por consiguiente, de su antecesor Fernando VI, que murió el 10 de Agosto de 1759.

(5) Don Miguel Múzquiz, secretario de Hacienda, había sustituído al Marqués de Squilache en el Ministerio. Era opuesto, por tanto, al italiano Marqués de Grimaldi, que desde 1762 regentaba la Secretaría de Estado.

(6) Consecuencia de esa desatinada política, patrocinada por Múzquiz, había sido el abandono de Guader, en la costa occidental africana, en las cercanías del río Non, y en un emplazamiento semejante al actual Ifni.

(7) Muriel admite en sus Notas a la Instrucción reservada, que se habló del Gobierno de Orán; Ferrer del Río lo niega; Galindo y Vera cree más lógico que las cosas pasasen tal como van referidas en el texto.

(8) Se ha afirmado muy recientemente que Aranda era partidario de una política de abandono de Africa, cuando patrocinó siempre lo contrario. En este asunto (véase el ms. de la B. P. 2829) coincide con el aborrecido "golilla" Marqués de Grimaldi, que sostenía la misma pretensión de continuar con el pleno dominio de los presidios marroquíes.

(9) De la "Instrucción de los que vos don Jorge Juan, jefe de escuadra de mi Armada, capitán de la compañía de Guardias marinas y mi Embaxador cerca del Rey de Marruecos, habéis de observar para el mejor desempeño del encargo con que os envío al

lugar de residencia de aquel príncipe." Madrid 30 de Diciembre de 1766 (Archivo Histórico Nacional, Estado 3455-5).

(10) En Septiembre del 65. El padre Girón es el franciscano fray Bartolomé Girón de la Concepción, llamado así familiarmente en la correspondencia de Grimaldi. (A. H. N Est. 4308). El parque de atracciones consistía "en un valioso regalo de tigres y leones".

Fray José Bottas era subprefecto de la misión cuando fué designado por el Emperador para llevar a cabo una empresa de tal naturaleza.

(11) De la Instrucción escrita a fray Bartolomé Girón (A. H. N. Est. Leg. 4308).

(12) Representaba Sidi Ahmed el Gacel, cuando fué nombrado Embajador, unos cuarenta años de edad, y "su porte digno, que cautiva a los que le ven, y más aún a los que con él conversan, indica bien a las claras la nobleza de su origen". (Carta del P. Girón a Grimaldi del 1 de Marzo" A. H. N. Est. leg. 4308.) Aficionado a las fiestas, gustaba principalmente de las corridas de toros, "dando siempre S. E. con este motivo las pruebas más claras de lo satisfecho que se hallaba." Cordial, alegre, infantil en su modo de ser, escribe de él Carlos III: "Es hombre ingenuo, afable y de sana intención, cuyas circunstancias, unidas a la estimación que merece a su amo, le hacen recomendable."

(13) El acompañamiento lo formaban Sidi Amara Ben Musa, pariente del Emperador, "que tenía un oficio parecido en el Ejército moro al de capitán general de la Caballería"; Sidi Eljas Mohamet Esiles, primo del mismo Emperador, y "otros dignatarios de menor cuantía, juntos con algunos religiosos y cautivos españoles". (*Gaceta de Madrid* del 24 de Junio de 1766.)

(14) *Gaceta de Madrid* del 1 de Julio, del 8 y del 15. Hay que tener en cuenta que el 10 de Julio tuvo lugar el fallecimiento de la Reina Madre, lo que prolongó la estancia del Embajador en España.

(15) Como lo refiere minuciosamente la *Gaceta de Madrid* del 26 de Agosto.

(16) Una carta de Grimaldi al padre Girón, de 26 de Septiembre (A. H. N. Estado leg. 4308).

(17) El 4 de Octubre. Refiere la audiencia de despedida la *Gaceta* del 14 de Octubre.

(18) En Granada detúvose más días para conocer "los maravillosos edificios de la ciudad árabe". El 27 de Diciembre visitaron Loja, donde contemplaron el castillo "que fué por muchos años antemural de Granada", con su triple muro y aventajada situación; "concluyó diciendo que ni la situación ventajosa, ni los tres muros y otros muchos que tuviese pudieron servir de algo cuando se declaró la voluntad de Dios".

(Del diario de viaje del teniente don Pablo Asensio correspondiente a los días 26, 27, 28, 29 y 30, y que regularmente enviaba al Marqués de Grimaldi dándole noticias detalladas del mismo. (A. H. N. Est. leg. 4308.)

(19) Que iba adjunta al oficio en que se le comunicaba el nombramiento. La carta va escrita en dos tiras de papel estrechas y largas.

(20) El bailío frey don Julián de Arriaga, ministro de Marina, y a quien aquellos días aconsejaba en varios asuntos concernientes al departamento, lo que no era óbice para que siguiese disfrutando el cargo de capitán de Guardias Marinas.

(21) Era costumbre inveterada que todos los Embajadores en la Corte de Marruecos llevasen consigo regalos para hacerlos presentes en las entrevistas que tuvieran.

(Instrucción que dejó escrita fray Bartolomé Girón a Jorge Juan sobre las particularidades y costumbres del Imperio (A. H. N. Est. leg. 4308. Sin fecha).

(22) Don Tomás Bremond, que después fué nombrado cónsul general.

(23) Existen en la Biblioteca Nacional dos manuscritos, copiados, sin duda, el uno del otro, en que sólo se advierten diferencias de estilo. Sin embargo, el 10.798, que es el que ofrecemos al lector, le prologa esta corta relación sobre los antecedentes de la embajada de Juan. Parece como si estuviese escrito para una persona que no viviese en España, pues la embajada de Sidi Ahmet el Gacel había sido el acontecimiento del año. Es posible que esta persona fuera don Antonio de Ulloa, cuya entrañable amistad con Juan es tan conocida por todos, y que en aquel tiempo se encontraba recluído en su gobierno de La Luisiana.

Conocemos bastantes manuscritos sobre el viaje, pero todos ellos anónimos, resultando difícil colegir cuál sea su autor. Quizá el que sacamos hoy a la luz haya sido debido a la elegante y desaliñada pluma de Sanz, el famoso secretario de Juan, y a quien más tarde tomó a su servicio don Antonio de Ulloa.

En la Biblioteca Nacional se conservan los siguientes diarios de la Embajada: ms. 6667, ms. 3100, ms. 10913, ms. 10798; en el Archivo Histórico Nacional solamente la "recepción" del Embajador en Marruecos (leg. 2565, núm. 225, sección Estado); en la biblioteca del Palacio real el ms. 2838 (de la colección Ayala).

(24) El 11 de Julio de 1766 hizo su entrada en la Corte en una carroza real. Se alojó en el Buen Retiro (*Gaceta de Madrid* del 15 de Junio).

(25) En cambio la *Gaceta* escribe Sidy Ahmet el Gacel, y el Marqués de Grimaldi dirige la correspondencia a Sidi Ahmet El Gacel.

En el Archivo Histórico Nacional (Estado, leg. 4308, 4309, 4310, 4311) se encuentra la correspondencia de Grimaldi con El Gacel y Juan y la de éste con el secretario de Estado.

(26) Sidi Mohamed Ben Abd Allah Ben Ismail, príncipe de buenos sentimientos, que fué, en frase de Cánovas del Castillo, "sólo un relámpago que desapareció al punto en las antiguas y negras sombras del fanatismo musulmán", comenzó a reinar el 12 de Noviembre de 1757.

(27) Ordenando se le asignase una pensión diaria de 800 reales "para el mantenimiento de él y su familia". Dispuso, además, que se pusiera a su servicio un coche de cuatro o seis mulas, y caballos. (Cartas de Grimaldi al Duque de Medinaceli y Marqués de Montealegre, del 4 de Julio (A. H. N. Estado, 4308).

(28) El 10 de Julio de 1766 falleció la Reina Madre, doña Isabel de Farnesio, y por esto tuvo que permanecer en Madrid, sin presentar sus credenciales al Rey Católico hasta el 21 de Agosto (*Gaceta de Madrid* del 26 de Agosto).

(29) Carlos III, pendiente siempre de los detalles más minuciosos, dispuso que, aunque se le han asignado "cuarenta pesos duros (los 800 reales) para su subsistencia diaria y la de toda su familia durante su misión en Madrid..., como es regular en la noche de su entrada en Madrid y el mismo día siguiente no esté el Embajador en estado de disponer de lo necesario para su manutención", corran la comida y la cena por los oficios de la Real Casa." (Cartas cit. del 4 de Julio.)

(30) Le acompañaba a todas partes un piquete de Carabineros al mando del primer teniente don Pablo Asensio.

(31) Adonde llegó el día 7, según consta en la correspondencia de Asensio a Grimaldi, carta del 9 de Enero (A. H. N. Est. leg. 4308).

(32) Efectuóse una tentativa el 14 de Febrero, pero el tiempo, sumamente tormentoso, le obligó a desembarcar. Partieron definitivamente el 19 de Febrero, a las cinco y media de la mañana.

(33) A las nueve de la mañana, según comunica Juan a Grimaldi el 26 de Febrero (A. H. N. Est. 4308).

(34) "Tetuán dista de la playa legua y media" (De la cit. carta).

(35) El Marqués de Grimaldi hubiese preferido Tánger para que el ilustre marino pudiese enviar los planos de las fortificaciones, pero el Emperador se opuso, afirmando que Tánger tenía pocas condiciones para hacerles el recibimiento que merecían.

(36) Juan habla, sin embargo, de tres cañonazos (de la citada carta del 26 de Febrero), a los que se respondió con cinco.

(37) Sidi Ahmet el Gacel lo había hecho ya a las diez de la mañana, "a fin de dar providencias para nuestro paso a Tetuán".

(38) Se les hizo una salva de quince cañonazos, empavesando don Jorge Juan "este Xambequin". Por la noche "volvió a bordo dicho Embajador (Sidi Ahmet), y a la mañana siguiente desembarcaron difinitivamente."

(39) Hoy, comúnmente, Martín; la playa del río Martín.

(40) No era la casa del Alcayde, sino la de un caballero principal llamado Abelhary Ben Ahmet Ben Aly, que vivía en la Corte del Emperador. Se conserva la carta que escribió a Jorge Juan: "...el honor que V. E. se sirvió hacerme hospedándose en mi casa, donde aseguro a V. E. sentí no hallarme para celebrar su dichoso arribo a este Imperio..." Le contesta Juan, en términos parecidos, el 26 de Febrero (A. H. N. Est. 4311).

(41) Ordenó efectivamente el Emperador que, vistos "los beneficios que experimentó en España Sidi Ahmet el Gacel", corrían a su cargo todos los gastos de la casa de Juan.

(42) En cambio, como le advirtió fray Bartolomé Girón de la Concepción, debían llevar tiendas de campaña, y de comida, tocino, jamón, chorizo, igualmente que los licores, "porque en la tierra no encontrará cosa alguna de éstas, a reserva de malos aguardientes" (A. H. N. Est. leg. 4308. Sin fecha)

(43) El estado del tiempo impidió la salida que quisieron efectuar el 11 de Abril.

(44) Año 1181 de la era mahometana.

(45) Fueron motivo de una carta especial que Grimaldi escribió a Juan de orden del Rey, el 18 de Enero, indicándole la necesidad de llevar esas sillas, "porque en aquel país no hay donde sentarse, ni mesas en que comer". Nueva muestra del espíritu minucioso y detallista de Carlos III.

(46) Ya hemos visto que acompañaba a Juan un sobrino suyo, el alférez de navío don Francisco (carta de Juan del 25 de Noviembre, fechada en Cádiz), que se distingue, según parece, por su afición a la música y al baile; ocupó "el cargo" de director de los cuatro músicos de la Compañía de Caballeros Guardias Marinas que formaban parte de la Embajada.

(47) Indudablemente, del príncipe heredero, que era gobernador de Fez; el hijo se-

gundo, Muley Mamon o Maimon, lo era de Marruecos; el tercero, Muley Abdrah, de Safí, y al cuarto, demasiado joven para poder mandar, llamábanle Muley Masid.

(48) Maltín o Martín.

(49) Ya advertimos en otra nota que la Embajada, conociendo el hecho de que en Marruecos no se vendían víveres y licores, se aprovisionó abundantemente en Cádiz de todo lo necesario para subvenir a sus necesidades.

(50) Don Francisco Pacheco, que hablaba a la perfección el árabe, aunque no lo leía.

(51) No contradice esta manera de ver, propia de un militar, a nuestra opinión, que sustentamos en lugar oportuno, de haber sido escrita esta relación por el secretario particular de don Jorge. Sanz estaba plenamente identificado con su jefe, y aun le acompañó en alguno de los viajes que Juan realizó al extranjero, comisionado por su Gobierno, para estudiar la situación naval y militar de otras naciones.

(52) Y un convento de franciscanos descalzos dependientes del central de Jerez de la Frontera, enclavado en la provincia de San Diego (Andalucía). Posteriormente levantaron también un hospicio.

(53) Circulaban en el Imperio —según fray Bartolomé Girón de la Concepción— tres especies de monedas: la *onza*, de plata "con bastante liga"...; "su tamaño y peso son entre la peseta y real de plata española, y su valor es de veintidós cuartos de España y compone cuatro blanquillos de aquella tierra"; el *blanquillo* de plata, de tamaño y peso menos que medio real de plata, y su valor es de cinco cuartos y medio de España", y el *flux* de cobre, "se conocerá su valor porque veinticuatro fluxes componen un *blanquillo*, o cinco cuartos y medio de España."

(54) También el Emperador tenía una Asamblea de Talbes a quienes pedía consejo sobre problemas de todas clases. Habíales preguntado hacía un año si le era lícito, estando en paz con el Rey de España, atacar los presidios que éste poseía en la costa marroquí.

(55) Recordemos el juicio de Juan sobre el Gacel: "...su hombría de bien y honradez es tanto más admirable y de notar cuanto es difícil encontrarla entre sus compatriotas, seres taimados y embusteros, dispuestos siempre a la traición y a la mentira."

(56) El citado fray Bartolomé Girón explica qué son estos ducados: "Mayormente se cuenta en dicha tierra por ducados, que, no habiendo moneda que contenga su valor, compone cada ducado diez onzas."

(57) Ocho maravedíes de vellón.

(58) Esta es la razón principal para que estos hombres, mal pagados, y que, por su cargo en el campo de Ceuta, debían impedir el contrabando, lo realizasen ellos mismos, como oportunamente recordó el Emperador, al tratarse, por el Gobierno de España, de organizar un tráfico legal terrestre entre las plazas de Ceuta y Melilla y los moros.

(59) La misma práctica inmoral había invadido hasta las más altas esferas del Estado. Oficialmente, Juan llevaba regalos a los principales dignatarios del Imperio para que le ayudasen en su empresa. Sumbel, el secretario de Hacienda, escribe impúdicamente a España, solicitando más crecidos regalos por su actitud en el asunto del tratado hispanomarroquí. Sidi Ahmet el Gacel aceptó la consignación anual de cien ducados cuando partió Juan, para conservar viva su amistad con España y seguir sirviendo de intermediario con el Emperador.

(60) Un dusval vale medio flux; según el P. Girón, aunque aquí se afirma que sólo un tercio.

(61) Sin embargo, el padre Girón advierte que la zafa, "en la Corte de Mequínez, compone nueve fanegas de España; en Tánger, Tetuán y otras partes compone siete fanegas y media de España."

(62) Según el padre Girón, "el quintal de Mequínez hace seis arrobas de España, y de otras partes cinco arrobas y cinco libras de España."

(63) Damos a continuación una lista de los fuertes derechos de entrada y salida que pagaban los géneros en los puertos marroquíes, causa principal, según el padre Girón, del fracaso de los daneses, y uno de los puntos a tratar en las negociaciones de Jorge Juan con el Emperador. Estos derechos están entresacados del arancel que el susodicho padre Girón entregó a don Jorge Juan en Cádiz a mediados del mes de Enero (A. H. N. Est. leg. 4308).

De exportación:

Cada 150 libras de oro, 13 pesos fuertes; cada 100 libras de cobre, cuatro pesos fuertes; un quintal de lana sucia, un peso fuerte; 100 cordobanes de cuero, 10 pesos fuertes; un quintal de goma arábiga, dos pesos fuertes.

De importación:

Todos los géneros el 10 por 100 de entrada, excepto el hierro, que pagará el 15 por 100."

(64) Se recordará, como afirmamos en otra nota, que la comitiva intentó salir el 11, pero no lo hizo precisamente por el mal tiempo dominante. El 13, a pesar de que continuaba lloviendo, tomaron la determinación de emprender la marcha.

(65) "El Alcayde me dixo que tenía orden del Emperador para practicar los mayores obsequios, y, en efecto, hoy que nos hemos detenido aquí porque el mal tiempo no había permitido que llegasen algunas cargas, me ha regalado un caballo de los mejores que tenía." (Carta de Juan a Grimaldi, del 15 de Abril. A. H. N. Est. leg. 4308.)

(66) Aquella noche descansaron en el lugar llamado Belita del Garbia. "El 17 fué preciso detenernos en él porque la continuación de las aguas había puesto los caminos sumamente fatales, y los ríos que se vadean en exceso altos, de suerte que algunos se quedaron sin poder vadear uno de ellos." El 19 por la noche llegaron los viajeros a Campo de Risana. El 19 tuvieron que detenerse, sin poder atravesarlo, ante el río Mejasin. El 20 pudieron vadearlo, porque había decrecido algo, y por la noche llegaron a Alcazar. (Juan a Grimaldi, 24 de Abril.)

(67) Cus lo llama Juan.

(68) Al mando de 200 soldados.

(69) Juan calculó doble número de soldados de caballería e infantería.

(70) Juan afirma que fué el recibimiento "superior a todos". Calcula el gasto de pólvora en quince quintales.

(71) "Ha sido preciso detenernos aquí ayer para componer la caxonería y lo demás que ha dado lugar a ello." (De la citada carta del 24 de Abril.)

(72) En 1610, Muley Xeque cedió a España el puerto y plaza de Larache. Se posesionaron de ella el Marqués de Hinojosa y de San Germán, don Juan de Mendoza.

Volvió a pasar a dominio de los moros en 1669, año en el que Muley Ismael, el famoso sultán, después de un sitio de cinco meses, logró apoderarse de la plaza.

(73) Hicieron noche en el Campo de Sefian, donde recibieron a los viajeros el Alcayde Lasamin, de la cabila de Sebú. Fué cuñado del Emperador Muley Ismael. (Carta de Juan a Grimaldi, del 28 de Abril.)

(74) En el Campo de Benimeli, cuyo Alcayde los recibió con 1.500 hombres y las acostumbradas escaramuzas.

(75) Mamoram, Mahámora o Mehdía, en el reino de Fez, media legua distante del mar y a 22 leguas al oeste de la capital. El 1 de Agosto de 1614, don Luis Fajardo, Conde de Elda, y el Duque de la Fernandina, partiendo de Cádiz, se apoderaron de la Mámora. En cambio, P. Castellanos, en su "Descripción histórica de Marruecos", afirma que tuvo lugar en 1617, y Chenier, en sus "Recuerdos históricos sobre los moros", nos dice que en 1604. Lafuente, en su Historia General, habla nada menos que de 1644. Preferimos la versión de Galindo y Vera, cuya Historia de Marruecos nos ofrece mayor solvencia. La perdimos en 1670, algunos meses después de abandonar Larache.

(76) Le alojaron en casa del gobernador, "que se desocupó para ello". (De la carta de Juan a Grimaldi, del 28 de Abril.)

(77) Del recibimiento afirma don Jorge Juan que "puede V. E. asegurar al Rey que jamás se ha recibido en estos reinos Embaxador con más honor ni agasajos, y que las órdenes repetidas del Emperador sólo se dirigen a que se excedan los pueblos y Alcaydes en cuanto sea posible, lo que me es de infinita complacencia, porque espero que lo será también de S. M." (De la citada carta del 28 de Abril.)

(78) En Rebata y Salé se construían los barcos más potentes de la Armada marroquí. Constaba ésta de un navío de línea, cuatro fragatas, seis jabeques y tres galeotas, según cálculos del padre Girón. De éstos, habían sido construídos en Salé y Rebata el navío de línea, las cuatro fragatas, tres jabeques y dos galeotas.

(79) Les saludaron con 28 cañonazos (Juan a Grimaldi el 11 de Mayo). Aquella noche acamparon en Busneva. Los siguientes días en Xarán y Cayo, y el 3 en Tenmina.

(80) Los pellejos que se "utilizan son de carneros"

(81) En cambio Juan escribe: "De ésta y su partido (de la Alcazaba de Duquela) nos salieron a recibir unos tres mil hombres de caballería, que con continuadas escaramuzas nos acompañaron hasta el campamento."

(82) El 7 acamparon en Semina, y el 8 en Bejera.

(83) "El día 9 se celebró la Pascua, y para ello concurre en esta ciudad número considerable de gentes y tropa de las inmediaciones. El Emperador mandó que toda ésta se detuviese, y que, mandada por Muley Dris (especie de primer ministro) y Muley Maimon (príncipe heredero), acampase en las inmediaciones de la ciudad." (De la carta del 11 de Mayo.)

(84) Muley Mamon, o Muley Maimon, como escribe Juan, era el gobernador de Marruecos.

(85) Muley Dris, primo del Emperador, y que ejercía en la Corte las funciones de primer ministro.

(86) "Como la ciudad está tan destruída, el Emperador mandó que se nos pusieran en el mismo jardín algunas tiendas de madera y lienzo, adornadas de alfombras y un canapé; en ellas, y en las demás que traje de España, se nos ha alojado." (De la citada carta del 11 de Mayo.)

(87) El Marqués de Grimaldi y Sidi Ahmet el Gacel convinieron y firmaron a fines de Septiembre unos cuantos extremos que debían servir de base para el Tratado. La copia del documento habíala remitido El Gacel a S. M. I., y cuando partieron de Cádiz Juan y el Embajador moro, no se había recibido la respuesta. El secretario de Estado español se hallaba intranquilo por una dilación tan prolongada del Emperador en confirmar lo hecho y dicho por su enviado. Escribe a este efecto varias cartas: una al padre Girón, del 30 de Diciembre; otra a Juan, el 6 de Enero, etc. Sin duda, estas palabras del Emperador significan su conformidad con lo aceptado por su representante, pero no es el fin de la Embajada de Juan, que tenía que tratar de otros extremos más delicados y difíciles.

(88) Por su parte, el Emperador entregó a nuestro Embajador "esclavos y pasados o desertores de los dos presidios de Ceuta y Melilla". "Los pasados me los entregó S. M. I. sin empeñar palabra alguna; sólo me dixo que sabe ser gente de malos procederes, y que en llegando a España se pueden poner en Orán, dónde, si desertaren, los harán los turcos esclavos." (Carta del 16 de Junio.)

(89) Fabricada en Barcelona; para montarla vino agregado a la Embajada el sastre don Carlos Costa.

(90) Hombres entendidos en la ley musulmana, "primeros ministros de su iglesia", como dijimos en otra nota, y a quienes el Emperador consultaba en todos los asuntos de alguna importancia.

(91) Hay que advertir, con Jorge Juan (carta a Grimaldi, del 23 de Mayo), que el Emperador mandóla pedir, como había hecho antes con los pájaros, perros y osos.

(92) Como a costumbre a *tener*, puntualiza Juan en su relato. Ha sido, sin duda, un olvido del escritor y cópista (del presente manuscrito).

(93) Capitanes de sus navíos y jefes de sus puertos y departamentos navales.

(94) Fué en este día cuando se le enviaron al príncipe heredero todos los regalos ya mencionados en el texto de la crónica.

(95) "Me recibió con mucho agrado, y continúa con expresiones que manifiestan estar muy satisfecho. Todo el pueblo lo está igualmente, y no respira sino estar muy contento con la paz de España." (Carta del 23 de Mayo.)

(96) Entre tanto comenzaron las conversaciones entre El Gacel y Juan para acordar las bases del Tratado. En carta de 28 de Mayo confirma su primera impresión de que en cuanto éste se haya firmado debe organizar la vuelta, "porque he sabido que ningún Tratado se ratifica en este país." Como le preguntase a El Gacel la causa de algo tan extraño, el Embajador moro respondió "que a qué fin, teniendo los Embajadores amplias facultades y representando los mismos soberanos." (28 de Mayo. A. H. N. Est. leg. 4308).

(97) Era tan grave este delito que, a pesar de haberse libertado, tanto en España como en Marruecos, a todos los esclavos de los países respectivos, continuaban cautivos los nueve catalanes; la primera noticia la tuvo el Emperador a fines de Septiembre del 66. El 18 de este mes, fray Bartolomé Girón de la Concepción, a punto ya de embarcarse con Sidi Ahmet El Gacel, camino de Algeciras, escribe una carta implorando su perdón. (A. H. N. Estado leg. 4308.)

(98) Acompañábales el Alcayde de Amarra, con su comitiva y banda.

(99) Los arraeces de la Marina marroquí podían no ser pilotos. (Copia de carta del padre Girón a Grimaldi. Sin fecha. A. H. N. Estado leg. 4308.)

(100) Conforme al dictamen de Juan (comunicado el 16 de Junio), deberían establecerse en Larache un cónsul general, y en Tetuán y Tánger dos vicecónsules. Los vicecón-

sules podían ser don Jorge Pattisiati y don Francisco Pacheco, el intérprete de la Embajada; el primero, aunque griego de nacimiento, habíase portado muy bien con España, y era un hombre de toda confianza.

(101) Una de las instrucciones reservadas que llevaba Juan era precisamente sacar "dibujos" de las fortificaciones y defensa del puerto de Mogodor, o Mogador; de ahí la insistencia de Jorge Juan de embarcarse en este último punto, hasta que consiguió obtener los planos por otro procedimiento, como comunica en la carta del 28 de Mayo de 1767.

(102) "No hay tampoco en ellos —escribe Jorge Juan— firma de ningún ministro; al principio hay el sello real de éste, y al fin la firma del Embaxador. Esta práctica, aunque es arriesgada por los Embaxadores, porque quizá no acertaran con las intenciones de sus soberanos, me parece de más honor para las Majestades, porque, significando el sello real la firma del Emperador, se hace bastante la de sus Embaxadores." (28 de Mayo de 1767.)

(103) Los daneses habían arrendado, como vimos, la de Tánger, por 20.000 ducados anuales.

(104) El 16 de Junio transmite Juan el texto de los artículos firmados por el Emperador y él. Se reducen a establecer la paz "firme y respetada, pasaportes para los navíos, auxilios a los náufragos, comercio libre, derechos de entrada y salida de buques en los puertos de ambas naciones, establecimiento de un cónsul general y dos vicecónsules en representación de S. M. C., entrega de desertores, la justicia administrada por los cónsules a los súbditos españoles, de los bienes españoles en Marruecos, sobre la cuarentena, estableciendo la libertad de los cristianos o renegados y musulmanes o renegados que en puertos marroquíes o españoles, respectivamente, se refugien en buques de guerra o en los presidios; legisla sobre el caso de una guerra, sobre Santa Cruz del Mar Pequeña, sobre el ensanche de los presidios.

(105) El *Triunfante* "dió fondo en la rada al mediodía de hoy (10 de Agosto). Su capitán me ha escrito que la noche del 21 del pasado a ganar el ancla, y que temiendo aumentase con la fuerza del viento, resolvió, con aprobación del Consejo de guerra que formó, cortar el cable y hacerse a la vela. Dice que ha estado hasta 127 leguas a la mar, con vientos siempre contrarios por el NE., y que sólo cinco días se le llamaron al N. para poder volver." (Carta del 10 de Agosto, de Juan a Grimaldi.)

(106) Quedábanse en Mogador para ocupar en corto plazo sus cargos de cónsul general y vicecónsul, don Tomás Bremond, el secretario de la Embajada, y don Francisco Pacheco, el intérprete. El primero debía trasladarse a Larache, y el segundo, a Tánger. Sus atribuciones eran bien amplias: "Doy mi orden a los gobernadores de dichos puestos para que los protexan, les hagan cuanto bien puedan y custodien sus casas, no permitiendo que se les ofenda ni pida cosa alguna. El cónsul será el que gobierne los demás (de su nación), y será como los demás cónsules de las naciones con quien tengo paz. Le permito que pueda tener intérprete y corredor de los judíos, librándoles, así a éstos como a los que sirvieron tanto al cónsul como a los vicecónsules, de los pechos y derechos que pagan, por ser el estilo del país." (Carta de Sidi Mohamed a Bremond, a medio mes de Lafas, año 1181.)

(107) Posteriormente se le asignaron a Sidi Ahmet El Gacel la suma de 100 doblones sencillos anuales para España y Marruecos.

(108) Hubo varios puntos en los que Jorge Juan no consiguió lo que le habían indicado. En primer término, una tarifa de derechos fijos de exportación e importación, por-

que, según el Emperador, "no se necesitaba para nada, porque S. M. I. tendría cuidado de arreglar los derechos." (Juan a Grimaldi, el 1 de Septiembre.) La cuestión de los límites de los campos de los presidios quedaba también al arbitrio de una comisión formada por los gobernadores de Ceuta y Melilla y por los alcaydes moros de los respectivos campos. Quedaba también pendiente la determinación de los establecimientos pesqueros de Santa Cruz del Mar Pequeña, y, sobre todo, el derecho de levantar fortalezas para proteger a los canarios de los ataques de los moros de aquellas regiones.

(109) Continuó todavía don Jorge Juan resolviendo, con su consejo decisivo, todos los asuntos importantes de Marruecos. El Marqués de Grimaldi pregúntale constantemente, y así se atiene en sus respuestas a la apreciación de Juan. Así, por ejemplo, en el problema de los argelinos y en el de la desgracia de Sidi Ahmet El Gacel. (Cartas de 23 de Febrero del 68, A. H. N. Est. leg. 4308, y 25 de Mayo del mismo año, A. H. N. Est. leg. 4309.)